

15189

Agosto 29/72

INCOMPATIBILIDAD  
DEL EJÉRCITO Y LA POLÍTICA.

SANOS CONSEJOS  
Y UTILES ADVERTENCIAS AL SOLDADO,  
POR EL TENIENTE DEL REGIMIENTO INFANTERÍA DE ZAMORA, NÚM. 8,

P. MAURO SANCHEZ SOLÓRZANO.



MALAGA.  
Imprenta de M. Oliver Navarro, Duque de la Victoria, 7.  
1872.

5553

L47 - 8054

ENCUADERNADO

DEL EJERCITO Y LA FORTALEZA

LIBRO



2508-797

INCOMPATIBILIDAD

DEL

EJÉRCITO Y LA POLÍTICA.

SUS CONSECUENCIAS Y OTROS ADVERTENCIAS

INCOMPATIBILIDAD DEL EJÉRCITO Y LA POLÍTICA.

—————  
DON MAURO SANCHEZ SOLÓRZANO.

INCOMPATIBILIDAD DEL EJERCITO Y LA POLITICA.

DR. MAURO SANCHEZ SOLÓRZANO.

88-69

INCOMPATIBILIDAD

DEL

EJÉRCITO Y LA POLÍTICA.

SANOS CONSEJOS Y ÚTILES ADVERTENCIAS

Es propiedad de su autor.

AL SOLDADO,

POR EL TENIENTE DEL REGIMIENTO INFANTERÍA DE ZAMORA, NÚMERO 8,

DON MÁURO SANCHEZ SOLÓRZANO.

1872

MÁLAGA.

Establecimiento tipográfico de Manuel Oliver Navarro,

Calle del Duque de la Victoria núm. 7.

INCOMPATIBILIDAD

DEL

EJÉRCITO Y LA POLÍTICA.

2ANOS CONSEJOS Y ÚTILES ADVERTENCIAS

*Es propiedad de su autor.*

AL SOLDADO.

POR EL TENDIENTE DEL REGIMIENTO INGENIERIA DE ZAMORA, NÚMERO 8.

DON MAURO SANCHEZ SOLÓRZANO.

1875

MALAGA.

Establecimiento tipográfico de Manuel Oliver Navarro.  
Calle del Duque de la Victoria número 7.

...sabiendo en escaso momento, puedan ser mas fáciles.  
 ...tambien hemos esplicado las funestas consecuencias que  
 ...de reportar al pais la docilidad del soldado si, cesar  
 de las promesas, oprase contra sus leyes y gobierno, indado  
 por malos consejos y teorías ilusorias; y es de esperar que  
 sabiendo y no olvidando estas realidades, se dificulte el paso á  
 los que, ajando el prestigio del ejército, quieren atropellar  
 su disciplina.

Tampoco hemos escaseado las referencias necesarias pa-  
 ra presentarles en claridad el patriotismo entus con que re-  
 suen siempre sus aspiraciones.

## INTRODUCCION.

Hemos dicho que no debe darse oído ni importancia á  
 sus promesas ni fuerza á sus juramentos, negándonos á apo-  
 yar la injusticia aunque para justificar su conducta empleen  
 cualquier género de pruebas, y sea grande la convicción que

Siempre ha convenido aconsejar bien al soldado para que  
 pueda caminar con honra por la estrecha senda que su obli-  
 gacion le marca; pero hoy, que por desgracia para todos, no  
 se concede al ejército aquel respeto que fuera de desear, y  
 que con más ó ménos tacto y habilidad se procura hacerle  
 tomar participacion en causas que deben serle, y realmente  
 le son enteramente ajenas, se ha hecho una necesidad esta  
 conveniencia, si se han de oponer algunos obstáculos á los  
 ataques que sin cesar recibe la disciplina.

Naturalmente debia ser esta virtud militar el blanco de  
 los tiros y asechanzas de los eternos enemigos del órden,  
 puesto que es, digámoslo así, la conciencia del soldado, que  
 en la milicia forma y dirige su educacion, y es sabido por  
 todos que allí van los esfuerzos donde se halla la resistencia  
 que impide la realizacion de cualquier propósito.

En su consecuencia hemos procurado esplicar las razones  
 en que ven la necesidad de que el soldado se mezcle en las

cuestiones políticas, y lo hemos hecho con la idea de que, conociendo su escaso fundamento, puedan ser mas fácilmente despreciadas.

Tambien hemos explicado las funestas consecuencias que habia de reportar al pais la docilidad del soldado si, apesar de su promesa, obrase contra sus leyes y gobierno, incitado por malos consejos y teorías ilusorias; y es de esperar que sabiendo y no olvidando estas resultas, se dificulte el paso á los que, ajando el prestigio del ejército, quieren atropellar su disciplina.

Tampoco hemos escaseado las aclaraciones necesarias para presentarlos sin mascara, á fin de que claramente se vea su intencion, arrancándoles el patriótico antifaz con que revisiten siempre sus aspiraciones.

Hemos dicho que no debe darse oido ni importancia á sus promesas ni fuerza á sus juramentos, negándonos á apoyar la injusticia aunque para justificar su conducta empleen cualquier género de pruebas, y sea grande la conviccion que de ellas resulte. Debemos huir tambien las ocasiones de escuchar sus exigencias; porque tal vez nos las presenten tan justas y santas, que vengamos á consentir en ellas llevados del entusiasmo que engendra la elocuencia; y con la idea, quizá, de hacer un beneficio á la patria, cuando no puede esto conseguirse yendo contra el respeto de ella misma, representado en el que se debe á las personas que eligió para su gobierno. Esto es: barrenando la disciplina.

Nosotros al gusto de su elocuencia tenemos sanos principios que oponer y breves contestaciones que dar, y si nuestra instruccion no nos permite formularlas con frases escogidas, serán sin embargo bien escuchadas, porque pueden ser la expresion fiel de la razon y la justicia, y que revelen por nuestro conducto el pesar de verse tan rudamente perseguidas.

Tambien hemos hablado de la conveniencia de los ejércitos permanentes, exponiendo nuestro parecer y apoyándole



7  
en razones prácticas. Y, últimamente: hemos tratado de convencer al soldado de que para la mayor honra de su patria, así como para el mejor provecho suyo, no puede hacer otra cosa mas conveniente que ser militar antes que nada, y olvidar sus opiniones políticas, aunque solo sea por el tiempo que vista el uniforme.

Mientras esté sujeto á la ordenanza, puede, si, pensar de tal ó cual modo acerca de los sucesos políticos; pero le está terminantemente vedado el aplaudirlos ni censurarlos con sus actos.

Todo esto nos hemos propuesto probar, y combatiendo en general los vicios y ensalzando la virtud, esperamos conseguir un resultado satisfactorio del proceder que el ejército ha de observar.

No lo esperamos precisamente del mérito de nuestro trabajo; confiamos para obtenerle en la buena índole del soldado español, tan amante de su patria como fiel á sus superiores, y en la oportunidad de los consejos, que muchas veces llegan á hacer virtuoso al hombre mas criminal: tan grande es la influencia de un buen consejero, que tal vez consigue salvar la víctima de los brazos mismos del asesino. No es, pues, extraño que concediéndonos á nosotros mismos el buen deseo que desde luego nos anima en bien del ejército, y no estando por otra parte tan pervertido que nos haga desconfiar, creamos que han de ser atendidos nuestros ruegos y nos permitamos augurar un resultado feliz.

A este fin trabajaremos de continuo, no solamente como principal deber de todo militar, sino con la grata confianza de verle figurar á la cabeza de los del mundo, para que pueda ofrecer á España su antiguo puesto en la escala de las naciones.

Este es nuestro deseo: esta es la esperanza que nos fortifica en medio de tanta confusión, y sinceramente declaramos que no vemos solución á ningun problema político, si la

fuerza pública no se separa absolutamente de ellos, para que no se tome como dato su influencia. Y tal es nuestra convicción en este punto, que no vacilamos en asegurar que todos los males de un pueblo aumentan ó decrecen según el ejército cumple mal ó bien su cometido. Probémoslo.

Concedamos que el país se dá à sí mismo un gobierno capaz en todos conceptos de conjurar la anarquía: reconocemos igualmente en todos sus individuos una instrucción poco común y tal como se necesita para arreglar una nación desquiciada. Pues bien: todas estas concesiones y muchas otras que aun pudiéramos hacer, serian completamente nulas si el ejército hiciera pesar su desagrado en la balanza opuesta à aquella en que el Gobierno se coloca. Podria este encontrar en su ilustración órdenes oportunas, castigos saludables y sábios consejos; pero los descontentos que necesariamente ha de haber en todas partes y con toda clase de gobiernos, tendrian siempre al ejército en su auxilio, pues si nó amparaba sus pretensiones, impedía por lo menos que el Gobierno practicara sus ideas.

Supongamos, por el contrario, que el ejército prescinde completamente del color político del Gobierno, y que le apoya indistintamente, pero siempre con resolución y lealtad. ¿Quién negará que en este caso se ha de consolidar el orden por precisión? Nadie se atreverá à ponerlo en duda; pero si alguna persona no lo viese tan claramente como nosotros, la invitamos à que observe lo que pasa en todas las naciones desde que el ejército se ha inmiscuido en los asuntos políticos de ellas. Sucede entonces, (cuando el Gobierno está apoyado por la fuerza) que todas las ideas se practican, y aun cuando no nazcan tan perfectas como deben ser, la experiencia se encarga de indicar su conveniente modificación, poniendo de manifiesto la bondad ó inconveniencia de ellas. De este modo todos los planes se desarrollan; por que à la tenaz oposición que pueden hacer los revoltosos (y nótese que no hablamos de la que se hace con la prensa y demás

medios que pueden ser legales,) se opondrá de continuo el respeto que inspira la fuerza cuando defiende los derechos de la justicia. Hé aquí las razones que nos mueven á considerar al ejército como el remedio de grandes males, ó como la causa de su acrecentamiento, segun su conducta. Por eso damos tanta importancia á su instruccion. Por eso lamentamos continuamente que se le quiera echar por tierra arrancándole sus mas preciosos titulos.

Explíquense en horabuena cuantas doctrinas sean necesarias para hacer triunfar un pensamiento ó idea política. Sálganse ó no en esas discusiones de los límites legales, que el Gobierno con la sola fuerza de la razon sabrá y deberá repartir la gracia de la justicia; pero apelar á las armas sin otro motivo que el acelerar el triunfo: exponer el pais á un desbordamiento general que nada puede ofrecer sino miseria y desolacion, eso, suponiendo que algunos lo intentasen, debe hacerse imposible con el valor y lealtad de los soldados. Deben estos colocarse muy por encima de semejantes cuestiones: han de constituirse en defensores fieles y constantes de los fueros del derecho, y no puede esto conseguirse sino discurriendo su imaginacion libre de toda parcialidad, fuera de todo compromiso y exenta de toda ambicion. Todo esto se necesita para que el militar llene cumplidamente sus deberes, á los cuales debe hasta su propia vida. Todo esto se necesita para que sea el ejército la confianza del pueblo pacifico y sensato, y todo esto se necesita tambien si ha de ser, como prometió, la mas firme garantía de respeto hácia las personas y propiedades.

Mision tan elevada: ocupacion tan noble é importante reclama para su desempeño cualidades especiales en aquellas personas que la ejercen. Han de unir la humanidad al valor, al rigor la dulzura, la prudencia al entusiasmo y á la fé la desconfianza.

El valor sin la humanidad es propiedad particular de los criminales. El rigor sin la dulzura es la viva representacion

del despotismo y la soberbia. El entusiasmo sin la prudencia surte el mismo efecto que el hacer fuego sin apuntar, que todo lo convierte en ruido. Y la fé sin la desconfianza tiene el inconveniente de rehusar ciertas precauciones que suelen ser de la mayor necesidad.

Por eso reclamamos mucha instruccion, y porque sabemos que si bien influye poderosamente en la importancia de un ejército, no es ménos lo que influye en su bondad la justicia con que se miden los méritos de sus individuos y la justa proporcion en el reparto de las gracias que la nacion les concede, queremos hacer algunas revelaciones acerca de este particular.

Admiten los militares de todas categorías que no hay lugar à disgusto por lentos que sean los ascensos en sus carreras; pero asi como están conformes en esto, lo están igualmente en protestar contra la injusticia y el compadrazgo, que tanto han venido à perjudicar à los que sirven con la recomendacion única de su buen comportamiento. ¿Quién no se acuerda con repugnancia de aquellos célebres testamentos que hacian los ministros, cuando al llorar el abandono de sus carteras pagaban los pésames que recibian con otros tantos empleos. Y ¿quién no se ofende de semejante arbitrariedad al ver por el suelo la ley y la justicia, cínicamente ultrajadas por aquellos mismos que causaron victimas en su defensa? ¿Y en perjuicio de quién se hacian esas injusticias? Pues eran en perjuicio de todos los militares, porque cubriéndose con los agraciados las vacantes que habia en las distintas escalas, se retrasaba el ascenso de los que ocupaban los primeros puestos en ellas.

Semejantes abusos no pudieron ménos de ocasionar un disgusto general en el ejército, tal como el que siempre se observa cuando la justicia no se administra rectamente. Claras son por demás las consecuencias que esto tenia que producir, y por eso no nos detendremos en exponerlas; pero conste que el ejército se ofendia, y que si la ordenanza le

forzaba à guardar un silencio absoluto sobre estas faltas del Gobierno, su tibieza en el servicio, y hasta ciertos lances desagradables habidos entre algunos oficiales y jefes, dan testimonio de su justa indignacion.

Es indispensable que cesen ya tantos y tan graves motivos de desórden y disgusto: atiéndase á los mèritos de cada cual para premiarle y à sus vicios para corregirle, hasta conseguir desvanecer el mas leve fundamento de queja, porque, ó se premia y respeta el verdadero mèrito militar, y en este caso es clara y sencilla la conducta de todos, ó se pospone la virtud á la influencia, en cuyo caso abandonaremos todos el celo que nace de la buena fé, puesto que con ella no se gana fama ni posicion. Esto es indecoroso; pero ¿à qué otra cosa se nos retaria despreciando una conducta virtuosa para prestar sus alabanzas à otras acciones ménos dignas?

Esperamos confiadamente que la moralidad y la justicia han de venir á esclarecer los hechos meritorios de varios individuos notablemente perjudicados, ofreciendo así un alegrè porvenir à los que no ven otro camino fácil para ascender que aquel que les cierra su conciencia y caballerosidad.

Ningun servicio extraño á la milicia debe premiarse con gracias militares que perjudiquen intereses dignos de respeto, y si á cada instante se premian, calcúlese cuando ascenderà aquel que funde solo su esperanza en el mèrito de su antigüedad. Así se ha visto que personas que estaban à la cabeza de sus respectivas escalas, han pasado años y mas años sin tocar el resultado de sus nobles y legítimas aspiraciones: esto es verdad por mas que sea doloroso. Y nótese que si no se corrigen estos males, no nos quedan mas que dos caminos que seguir: ó dejar la carrera matando nuestras esperanzas, ó decidirnos à ofender nuestra dignidad enterrando nuestra honra. Lo primero es sensible. Lo segundo es horroroso.

El medio mejor para remediar estos males, es premiar

con imparcialidad los buenos servicios de todos, sin admitir otra recomendacion que la que presta una conducta ejemplar é irreprochable: sólo así se ejercitarán en buenas empresas, y ambicionarán honrosos laureles: sólo así conseguirá un Gobierno hacerse querer y respetar.

Las distinciones que se hacen á los méritos de cada uno de los ciudadanos, y á sus virtudes, para recompensarlas, y á sus vicios para castigarlos, hasta con la pena de muerte, el mas leve fundamento de ellas, para que éstas se premien y respeten el mérito militar, y en esta caso es clara y sencilla la conducta de todos, ó se abandona la virtud á la influencia, en cuyo caso abandonamos todos el celo que nos da la buena fe, puesto que con esta no se gana fama ni posición. Esto es injusto; pero al que una cosa se nos obliga deprecando una conducta virtuosa para prestar á la patria ó á otras acciones méritos dignos.

Los premios consisten en la movilidad y la inalterabilidad de los hechos meritorios de varios individuos, y éstos se premian con distinciones que se hacen á los que no van en un camino fácil para conseguirlos. Ningun servicio extraño á la milicia debe premiarse con distinciones militares que pongan interés á otros que no se premian, y si á cada instante se premian, calcúlase cuando se premie, que tanto solo en España en el mérito de la milicia. Así se ve que personas que estaban á la cabeza de sus respectivas escuadras han pasado años y años sin tocar el resultado de sus nobles y legítimas aspiraciones: esto es verdad con sus dolores. Y nótese que si no se corrigen estos males, no nos quedan más que dos caminos que seguir ó dejar la guerra, cuando necesitemos de hombres á obtener nuestra dignidad enteramente merecida. Lo primero es sensible. Lo segundo es horroroso.

El medio mejor para remediar estos males, es premiar

## CUESTION DE ACTUALIDAD.

En el estado en que las ideas se hallan al presente, en que ninguna persona de regular criterio puede abandonar el temor que inspiran siempre las dolorosas escenas à que probablemente conduce la variacion en la marcha politica de las naciones, hay que fijarse mucho en la disciplina de los ejércitos, que es el pedestal en que descansa su tranquilidad. Hoy sí el órden se recomienda como la principal condicion para el progreso y riqueza de los pueblos, apenas si hay algunos que le acaten llevados solo del deseo de conseguir estas dos cosas; y sí se hace sostener por medio de la ley, no ya como una recomendacion conveniente, sino como una necesidad apremiante, entonces à los gobiernos se les llama tiranos, y à las leyes despóticas y bárbaras.

Prescindamos ahora de examinar las distintas y remarquables diferencias observadas entre los diversos gobiernos que han regido por más ó ménos tiempo los destinos de nuestra pàtria, y atendamos únicamente à poner de manifiesto las tristes é inevitables consecuencias de una oposicion sistemática, cuyo programa, por santo que sea, casi siempre se escribe con sangre, para leerse al resplandor del fuego de los cañones.

Ensangrentado aun el suelo de un pueblo envidiado por

su riqueza é ilustracion: en ruinas sus edificios por la piqueta destructora de la venganza, y convertidos en cenizas sus escombros, para que ni aun tirados por el suelo puedan dar testimonio de su antiguo mérito y representacion, solo queda al observador curioso de estas ruinas el consuelo de llorar tanta desgracia. Jamás nos convencerán las razones que en defensa de ciertas gentes han escrito personas de mucho respeto por su saber: siempre diremos que escribieron bajo el influjo de la pasion, y que así son apasionados sus cálculos. ¿Cómo, si nó, se esplica que haya podido haber quien no censure ciertos actos? ¿Caben, por ventura, en los pliegues de las banderas politicas las ideas del incendio y la destruccion? ¿Qué resultado político pudieron esperar de su conducta, los que pretendieron subir al gobierno de la nacion por una escalera de crímenes y delitos, cuya perpetracion era innecesaria? Si su programa era la negacion de todo derecho, ¿al abrigo de qué leyes habian ellos de poner sus conquistas?

Mas no se trata ahora de examinar ó discutir las ventajas de la república sobre la monarquía, ó viceversa: esto podria hacerse y nada perderia por ello la sociedad, regida en muchas épocas por una y otra forma de gobierno. La cuestion capital del dia, la cuestion cuya amenaza continua turba la tranquilidad de las familias que viven al amparo de la ley y dentro de ella, es la predicacion de ideas exageradas, atendidas solamente por lo que halagan la ambicion y el desfreno de ciertas clases de la sociedad, que sueñan con tesoros, riquezas y comodidades, tan solo porque así lo dicen los santones de sus huestes.

El capital se impone al trabajo: el trabajador es un esclavo cuyo señor es el que le paga; y como ya la libertad ilumina el horizonte de todos los pueblos, ó carecemos de ella, y es el Gobierno un déspota que nos oprime, à cuya asquerosa planta doblamos sin vergüenza la rodilla, ó la esclavitud, que es el trabajo, concluye para siempre con los privi-



legios del rico ó señor, aunque un tirano los defienda. Este es su tema: esta es su esperanza.

Reflexionando ahora sobre estas consecuencias, y sabiendo que para inclinar los ánimos en favor de sus pretensiones se valen de todos los medios sin reparar en el grave daño que esto puede ocasionar á la causa del orden para el presente y el porvenir, cuando llegue hasta los cuarteles la explicacion de ciertas ideas, es como nos atrevemos á profetizar un cataclismo espantoso, cuyos males solo podrán atajarse en fuerza de desgracias y sacrificios, que fácilmente se evitan no mezclando en ciertas cuestiones elementos que siempre deben ser de orden con unos y con otros. Pero no sucede así por desgracia. Impacientes los partidos por conseguir el triunfo de sus ideas, mas bien encomendado al resultado de la fuerza que á la predicacion de sus doctrinas, no titubean en llegar al término de sus aspiraciones aun á costa de temibles sacudidas. Pero aquellos que nada esperan de las revoluciones, y que escuchan sin pasion las razones de unos y otros, observando su conducta con la razon serena y ajustada á la verdad, se duelen con nosotros de que pueda llegar al ejército ese deseo exagerado de influir en las decisiones politicas, mas con el peso de las armas que con el peso de la razon.

Dicen, y con sobrado fundamento: cuando la ley se atropella y se pretende que la fuerza decida las cuestiones, todavia queda el recurso de rebatir la fuerza con la fuerza, si el ejército se mantiene fiel á los principios de disciplina que le dan su importancia y poderio; pero si tambien la fuerza pública se ha contaminado y guiada por ideas personales abandona el noble propósito para que fué creada, ¿qué recurso queda entonces para encauzar un desbordamiento, cuyos agitadores cuentan con el apoyo y el aplauso de los soldadós? ¿Qué será de la sociedad el día que esto suceda si, como es de temer, los mismos jefes del movimiento carecen de influencia para calmar la agitacion?

Esta es la duda que mantiene cada vez mas vivo el temor de que se hallan poseidos los hombres pensadores. Mas no concedamos tanto crédito à las terribles amenazas de los revoltosos. Cierto y muy cierto es que se trabaja activamente por conmover la sociedad alentando pasiones que nunca debieran tratarse del modo que se tratan; pero si esto es una verdad innegable, no lo es menos que los gobiernos se disponen à no cejar ante ningun sacrificio para llegar à conjurar el peligro antes que sus estragos se estiendan; y como la indolencia y apatía de las personas de órden ha de concluir à vista de tan inminente riesgo, de esperar es que uniéndo sus esfuerzos à los de los gobiernos se consiga evitar los horrores que hace tiempo se dibujan en los campos de la política, y que hoy se tocan, por nuestro mal, en el terreno de los hechos.

Mucho puede alcanzarse todavia con buenas medidas de precaucion dictadas despues de un exámen detenido y minucioso de todas las circunstancias y exigencias de ciertas asociaciones, cuya importancia es imposible desconocer; mas como nadie ignora que estos se prometen obtener el triunfo por la fuerza si se declaran ilegales sus aspiraciones, con la fuerza se han de castigar sus excesos si su obcecacion les llevase à este extremo. Es, pues, indispensable que el ejército se halle seguro en su instruccion, para rehusar los compromisos que necesariamente han de buscarle los que traten de vencerle con la astucia, haciéndole solidario de los mismos desmanes que debe castigar.

Ahora bien: nadie, por poco que conozca à nuestros soldados, puede dudar de su buena indole y profunda subordinacion, y ménos todavia debe dudarse despues de la prudencia que han mostrado durante los dificiles períodos que se han sucedido y que todavia continúan; pero por bueno que sea el propósito del soldado, ha de precavérsele mucho contra la activa y dañosa propaganda que se emplea para pervertirle, teniéndole de antemano prevenido con razones só-

lidas y claras. Ha llegado la hora de decirle lo que es y para lo que sirve, para que partiendo de su origen y condicion vea la precision natural y consiguiente de acatar las leyes militares como una necesidad provechosa, sin ver en ellas el despotismo que algunos han creido encontrar en la energia de sus articulos, al examinarlos con una parcialidad censurable. Esta es la ocasion propicia para mostrarle la senda del honor, adelantando un paso á los enemigos del órden, que tratarán de presentarle la del vicio, revistiéndole con un disfráz bondadoso para que sigan por ella los incautos que han de ser más tarde las victimas de sus planes cabalísticos. Ellos serán inducidos á seguirla, y realmente ha de parecerles más cómoda y agradable que la verdadera; pero deben convencerse de que el honor no necesita máscara para guiar al hombre á su felicidad, y que por esta razon es sospechoso que se esfuercen en pintarles llano y espacioso el estrecho camino que conduce á ella.

Las virtudes no se practican con facilidad, aunque si con complacencia, pues que precisamente estriban sus méritos en los sacrificios que imponen al que las practica. Y no siendo otra cosa la felicidad que el dulce arrobamiento que ocasiona el delicado aroma de la virtud, hay que desconfiar de aquellos que para inclinar al soldado á una conducta mal llamada virtuosa, destruyen, ó tratan de destruir el riguroso código militar, cuyos preceptos son otras tantas condenaciones de sus principios erróneos y disolventes, para hacer fácil y agradable un camino que es de suyo áspero y trabajoso. Tiempo perdido. Nadie ignora que es estrecha la senda del bien y ancha la del mal.

Si la sociedad hubiera de regirse con las ideas que defienden, conseguiria una vida efimera y azarosa, porque es seguro que para conmovier tan débil edificio bastaria el soplo de las brisas, ó el leve empuge de los insectos al volar. Tal habia de ser la consistencia de una obra cuyos cimientos fuesen la indisciplina del ejército y la rebelion de masas tu-

multuarias contra los altos poderes del Estado.

Tambien conviene advertir al soldado lo que puede esperar de los que halagan sus pasiones sin otro fin que conducirlo à su ruina, hablándole de patrióticos esfuerzos y de casos extremos en que debe romperse la ordenanza para conservar sin mancilla el honor y buen nombre de la pàtria. Con una obediencia tan absoluta, dicen, ¿no es posible que sirva el ejército de escabel à sus jefes principales para asaltar los primeros puestos de la nacion, apoyando, quizá, una inconveniencia? Y dado caso que su delicadeza no les permita aprovechar este poderoso elemento. Dadas ya las costumbres de los pueblos libres educados en las máximas de la libertad, y habiendo tocado sus beneficios ¿no debe rebelarse el espíritu humano contra una sugesion tiránica que convierte al hombre en un esclavo verdadero por todo el tiempo del servicio militar? ¿Por qué no se levanta el clamor de los pueblos contra unas leyes bárbaras y despóticas que no pueden existir en éste siglo sin negar el progreso que le distingue?

Tales son los razonamientos que se emplean para pervertir el ejército, sin cuyo requisito suponen sus enemigos, y piensan bien, que no llegaràn à conseguir su objeto, mas trascendental todavia de los que ellos mismos se imaginan en su lamentable estravío, pues el que no respeta la autoridad, no tiene derecho à exigir respeto cuando lo sea.

Prevenir al soldado contra sus falsos consejeros demostrándole lo mucho que le perjudica el mentido interés con que le defienden, porque envuelve en su aparente bondad el mortal veneno de su honra, ha sido el único objeto que nos ha movido à escribir estas líneas, recomendándole los mejores medios para evitar una sorpresa dolorosa, y aconsejándole repetidas veces que no se mezcle en las luchas de la politica, si quiere conservar ileso su prestigio. Y por lo que respecta al rigor de las leyes militares, y aunque supongamos que estén en oposicion con el espíritu de la época; co-

mo por mas libre que sea un pueblo no podrá, sin una ordenanza rigurosa, subordinar la voluntad de muchos hombres á la obediencia de un sólo jefe, y como esto es necesario é indispensable de todo punto en la milicia, hay que aceptar este sacrificio en cambio de los maravillosos resultados que produce. No es igualmente exacto que haya en ellas despotismo ni barbarie: precisamente tienden á hermanar todas las clases del ejército, y por eso aconsejan, al mismo tiempo que el rigor en el cumplimiento de las órdenes, la dulzura y afabilidad en el trato de los superiores con sus súbditos.

Lo que sí sucede, y sentimos tenerlo que afirmar, es que hay algunos militares, pocos, muy pocos, porque el ridículo los mata, que confunden lastimosamente el carácter que pide y no dispensa la autoridad, con el orgullo que detesta y castiga, y como consecuencia de esta falsa interpretación de sus derechos, se consideran dueños de la voluntad de sus inferiores, aun en los actos mas insignificantes de su vida privada. Estos abusos, que la ordenanza misma condena, han motivado, sin duda, los duros cargos que algunas personas han dirigido á nuestras leyes; pero si hubieran aprendido que en ninguno de sus artículos se aprueban éstos desmanes, se hubieran evitado el incurrir en una equivocación, cuando ménos, inconveniente. Repetimos que solo estos excesos pueden haber dado margen á tantos y tan inmerecidos dictérios como se han inventado contra las leyes que rigen la milicia, sin saber ó sin recordar que cuando una persona se sale de la ley, sólo ella responde de sus actos.

Y por último: no atendamos ni fiemos en el aparente interés de ciertos consejeros, que si censuran la rigidez de nuestras leyes, no lo hacen, ciertamente, por su amor al soldado, ni por lo que ellos sientan nuestro mal-estar; sino para sacar partido de ella en bien de sus miras particulares, haciéndonos odiar los preceptos de la ordenanza, escritos en el lábaro santo de los ejércitos leales, sobre el altar sagrado de la pátria. Debemos, por lo tanto, hacer caso omiso de sus

advertencias y reflexiones, encaminadas siempre á desprestigiar todas las leyes que con el acierto de la sabiduría les impiden conseguir su deseo.

Grave, muy grave es la cuestion social que hoy absorbe la pública atencion, porque querer limitar las facultades del propietario sobre el modo de manejar sus intereses, pudiera ser un robo á sus derechos, y la imposicion absoluta de los ricos sobre los pobres, por medio de los recursos pecuniarios, seria igualmente un robo si no se atendieran debidamente las necesidades de los que con su trabajo ofrecen á los ricos la opulencia. Cuestion es esta, repetimos, que merece los honores de una importancia infinita; y si viéramos que esto se ventilaba pacíficamente por medio de la ciencia y el exámen de las leyes, esperaríamos tranquilos el fallo de las personas doctas; mas como vemos, por el contrario, que todos los indicios son de una oposicion violenta y estudiada contra la resolucion pacífica y razonable, sentimos las consecuencias que sin remedio alguno tendremos que deplorar.

Por el bien de todos, y tal vez más por el bien mismo de aquellos que más felices se las prometan, deseamos que la ley sea respetada, pues siendo desatendida y empezando la lucha armada entre el capital y el trabajo, elementos ambos de una accion poderosa aunque distinta, solo Dios sabe cual ha de ser el resultado. Creemos en consecuencia que debe estudiarse con suma diligencia y atencion la manera de mejorar las condiciones del proletariado; pero sin que este imponga con sus amenazas la solucion del problema.

Para que esto suceda, ha de permanecer el ejército fuerte en su disciplina, neutral en los debates, y léjos de todo interés.

Así le quiere la patria.

Así le admiran los pueblos.



## EL EJÉRCITO Y SUS DEBERES

### CON RELACION AL PUEBLO.

Cuando el benéfico influjo de la civilización apenas era conocido: cuando el fallo de la fuerza no tenía más apelación que el de la fuerza misma, había necesidad de grandes ejércitos, hasta el punto de ser soldados todos los ciudadanos. Progresó después la humanidad en el conocimiento de los derechos, reconoció las ventajas de respetarlos por la sola razón de serlo, y así disminuyeron las usurpaciones cuando el prestigio de la fuerza decaía. No cesaron, sin embargo, de presentarse casos después, que probaron la necesidad de una fuerza organizada convenientemente para que fuese el apoyo de la justicia, pues aunque siempre ha sido amada, no ha sido respetada en todos tiempos. Convino entonces como medio más oportuno al objeto indicado confiar cada estado su defensa á la custodia de un número determinado de hombres; y como florecían las ciencias y las artes, se vió la oportunidad de economizar el número de soldados, siempre que no peligrase la patria, para que pudieran más dedicarse á ellas con el reposo que los otros habían de ofrecerles. Así tuvo principio la separación del ejército y el pueblo: aquel se comprometió

à defender la nacion de todos sus enemigos, y éste se comprometió à su vez à proporcionarle cuanto fuera menester para la consecucion de su comun propósito.

Separadas estas dos clases por sus distintas ocupaciones, no lo están en sus ideas, que siempre han sido las mismas, como impelidas por una misma necesidad. Por eso se las vió unidas en cuantas ocasiones fueron necesarios los esfuerzos de ambas, y aunque la práctica de la milicia haya dado al soldado un carácter especial que, en cierto modo, le separa de sus hermanos, se ha de entender que sólo se refiere á la manera de cumplir mejor sus deberes, y nunca á renunciar su necesario y conveniente apoyo, del que todos deben prometerse ópimos frutos. No hay, pues, razon alguna que justifique el odio con que ciertas personas le miran; y porque suponemos que estas nos responderán que no ven la inconveniencia del ejército en su origen, sino en la época presente, para la cual no le consideran aceptable con la organizacion que hoy tiene, les contestamos: que si de algun modo puede conseguirse el aminorar el número de soldados, ha de ser por medio de esta organizacion, ó de otra que, todavia más que ella, evite y prohíba al soldado más ocupacion que la de sus deberes militares, sin mezcla ni tolerancia de otra cualquiera. De este modo se harán valer los méritos que necesariamente ha de alcanzar en fuerza de instruccion, y todo el mundo sabe que no es mejor el mayor ejército, sino el mejor instruido y más subordinado. Esto les probará, (aparte de que para discutir su conveniencia no se necesita ofenderle llamándole asesino de las libertades y otra porcion de apodos despreciativos), que van con su conducta à un fin enteramente opuesto al que desean, porque si realmente creen preferible el sistema de grandes reservas, podríamos decirles que se necesita mayor número de hombres, y si nos replicasen que esto no es inconveniente porque prestarían el servicio sin desatender el trabajo, les convenceríamos de que no teniendo la fuerza disponible para cualquier evento,



tanto se repetirían, que sería indispensable movilizar las reservas, haciendo de ellas un ejército activo que tuviese más y mayores motivos de censura que aquel que trataron de sustituir.

No creemos que el pueblo en general vea en el ejército ninguna oposición al libre ejercicio de sus derechos, que estos son los efectos naturales de la libertad; pero ya que algunos le consideran enemigo de ella, tratemos de saber en qué fundan tan descabellada opinión.

Es obligación precisa del Gobierno, no sólo permitir el uso de los derechos referidos, sino prohibir el abuso que pudiera cometerse en su ejercicio, castigando cualquier exceso, y ésta es à nuestro juicio la razón que tienen para pensar así. Sucede, efectivamente, que cuando el orden se altera, aunque sea al ejercitar el más sagrado de los derechos, tiene la autoridad que intervenir para restablecerle: primero con razones, y después, si ésto no fuese suficiente, con el apoyo del ejército, para obligar con la fuerza à los rebeldes. Aquí empieza ya el encono contra la autoridad y sus agentes: aquí empieza el renegar del ejército, à quien acusan de esclavo de los gobiernos por servirles ciegamente hasta en sus actos más arbitrarios: quien le apellida cruel, quien ignorante, porque no sabe preferir el amor del pueblo à la inícuca gratitud de un gobierno sin conciencia y sin prestigio: y, en una palabra: emplean contra él tal cúmulo de quejas y amenazas, que nadie diría al escucharlas, sino que real y verdaderamente era el verdugo de la libertad, que es el resumen de sus injurias y el término de sus necias acusaciones.

Esta es la única, la grande, la vergonzosa causa y origen de tantos y tan repetidos ataques como se dirigen à la honra y buen nombre del ejército, pero consuélenos el saber que no son muchas las personas que apelan à la calumnia, aunque sean las que más gritan. El pueblo pacífico, los que no ven en el desorden otra cosa que peligros y desgracias,

bendicen al Gobierno y al ejército, que tanto se sacrifican en bien de sus intereses. Este es el verdadero pueblo, el pueblo amante de su patria, que sabe hacer por ella cuantos sacrificios son necesarios: éste es el pueblo digno de protección: éste es el pueblo cuyas simpatías son el orgullo del ejército.

Los que faltos de valor para hacer algo por su parte en bien del país se niegan á obedecer las mas justas y convenientes órdenes de sus representantes, ¿qué pueden esperar del soldado, sino un castigo grande, pero merecido? Si es su misión velar por el decoro y dignidad de la nación, ¿cómo han de abandonarla cuando unos cuantos ilusos emplean las armas contra sus mismas autoridades? Esto es imposible; pues si estos desgraciados, faltos de instruccion y experiencia, se dejan llevar de un mal consejo, ó de su natural inclinacion al desórden, jamás el ejército, que constituye una escuela, y que cuenta en sus filas personas de alta consideracion y sabiduria, podrá ser instrumento de sus locas pretensiones.

El ejército está convencido de que para cumplir lo pactado con el pueblo, tiene que combatir cuantos medios se empleen para turbar el órden, procedan de donde procedan, y sea quien fuere la persona que los utilice. Ni su categoria ni otra cualquier circunstancia que pueda alegar al justificar sus obras, impedirá que el soldado con la severa magestad de la justicia, y sólo cuando la prudencia sea despreciada, cumpla con sentimiento el triste, pero necesario deber de castigarlas.

Los que alteren la tranquilidad de un Estado, precisamente han de ser perseguidos por sus defensores. Esto no es oponerse a las ideas de tal ó cual partido, pues si ellos están convencidos de la bondad de las suyas, publiquen sus pruebas, que ya verán como obrando así no son molestados por el ejército, que admira, respeta y ama el verdadero progreso y la verdadera libertad, siempre que se apliquen á

santas y nobles causas, y nunca cuando se opongan á ellas. Convénzase el pueblo de las ventajas de un gobierno cualquiera; y cuando la inmensa mayoría manifieste su conformidad, se verá que el elemento militar no se arrastra á los pies de los ministros, como se quiere suponer, sino que es el defensor fiel de todos los ciudadanos, y amigo como el que más de la union y concordia de todos.

Pero en tanto que esto no sucede: cuando nadie presenta una solucion clara y factible en los asuntos políticos ni administrativos ¿qué es dado hacer á los depositarios de la fuerza? ¿Crear con sus protestas nuevos obstáculos al Gobierno, inutilizando sus proyectos y gestiones? De ningun modo: no tienen más remedio que seguir defendiendo los poderes constituidos, sino quieren agregar á la fatal inquietud que nos ahoga, los desastrosos efectos de la más feróz anarquía. Otra conducta cualquiera seria siempre en perjuicio de la tranquilidad pública, cuya conservacion es el primero y principal encargo que recibieron del pueblo al admitir el honroso titulo de defensores de sus derechos y protectores de sus intereses.

Véase en consecuencia, como esos actos que se critican por atentatorios contra el decoro y libertad de los pueblos, no son otra cosa que justas exigencias de los pacíficos ciudadanos.

Y realmente ¿quiénes son de ordinario los que reclaman con actitud hostil derechos que no conocen y prerogativas que no merecen? Siempre los mismos: no queremos ofender á nadie; pero se nos figura que los que recurren á las armas no son muy amantes de la paz, y que más que por defender una idea cualquiera, van por correr las aventuras, á que se muestran furiosamente apasionados.

Estos no son, no pueden ser el pueblo á cuyo servicio está el ejército, el pueblo culto, laborioso y pacífico, que colocó la esperanza sobre la base de su fidelidad, que habia de dar la paz por resultado.

Discurran sin pasion todas las personas: estúdiense la his-

toria de los motines, y se verá con cuanta razon excluimos del verdadero pueblo, del pueblo amante de la paz, á aquellos bullangueros, si nó de profesion, por una aficion punible, que no hacen otra cosa que matar las esperanzas de todos, como que todas nacen y se derivan de la tranquilidad que las alimenta.

En este supuesto podemos y debemos devolverles los ofensivos dictados con que procuran mancillar nuestra honra, para que sea tan grande su vergüenza, como lo fué el empeño que manifestaron en hacernos odiosos achacándonos sus propios vicios. ¿Quién sino vosotros mata la libertad, y ésto por considerarla independiente de la justicia, cuando no es otra cosa que una consecuencia suya? ¿Cómo os atreveis á llamarnos ignorantes, cuando no sabeis siquiera que fuera de la justicia sólo puede existir el libertinage? Y ¿cómo, repetimos, si blasonais de sábios ignorais que no puede vivir la libertad sino dentro de las leyes de la justicia?

Recoged el fruto de vuestra ira: recoged tambien las calumniosas frases que en mal hora proferisteis, pues ya veis que los venenosos dardos que lanza vuestra rabia, no clavan en el noble y generoso pecho del soldado.

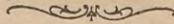
Inventad, si os place, nuevas quejas contra el ejército, que como ellas sean tan justas como las anteriores, motivo os han de dar para que escarmenteis.

Afortunadamente son bien conocidos sus hechos: nuestras celosas autoridades han tratado siempre de aclarar la verdad en cuantas ocasiones se ha denunciado una falta, y sólo ha servido el proceso para poner más de manifiesto su buena organizacion y justa fama. Y aun cuando no haya sucedido en todos los casos, por haberse probado un delito alguna vez, ¿qué cargo puede hacerse al ejército? ¿Qué más satisfaccion ha de dar de que no admite criminales en sus filas, que emplear contra el delincuente un pronto y ejemplar castigo?

Concluamos: habiéndose hecho cargo el ejército, de la

bandera del órden, que el pueblo le confi6, sabrà conservarla dignamente, y antes que entregarla á sus enemigos, que seguramente la habian de profanar, la defenderá hasta morir el último de sus soldados.

Así habrà merecido bien de la pàtria: asi habrà correspondido à la honrosa confianza que en él depositó.



bandera del orden, que el pueblo le confió, se conservaría  
firmemente, y antes que entregara á sus enemigos, que se-  
guramente le habian de probrar, la defendiera hasta morir  
el último de sus soldados.

— Así habrá merecido bien de la patria: así habrá correspon-  
dido á la honrosa confianza que en él depositó.

*[Faint signature]*

## UNION ENTRE LOS CUERPOS É INSTITUTOS DEL EJÉRCITO.

Sostienen ciertas personas que no necesita el militar una instruccion tan vasta como algunos la reclaman, y sostienen su parecer diciendo, que para hacer fuego y manejar toda clase de armas, importa poco que el soldado sepa leer y escribir, siempre que no olvide aquellas advertencias indispensables para el rutinario ejercicio de su continua obligacion. Niegan redondamente todas las ventajas del saber, porque no ven la aplicacion de la inteligencia en las luchas de la fuerza material; y como no conocen la imperiosa necesidad de poseer, cuando ménos, ciertas nociones del arte de la guerra, resulta que llaman mejor ejército à aquel quede más hombres se compone, y que más robustos brazos utiliza.

Semejante idea sólo puede ser hija de una imaginacion enferma, ó efecto de una ignorancia supina: ménos malo seria su parecer si le concretasen à las clases de tropa, sin embargo de que en la guerra suele un cabo ó sargento ser jefe de una porcion de hombres, y de tantos, quizá, como los que un oficial manda, y necesita por lo tanto cierta instruccion; pero añaden con el atrevimiento que presta la ignoran-

cia, que tampoco un oficial de filas necesita más que aprender la táctica de memoria y ciertos artículos de la ordenanza.

Bien quisiéramos no tener necesidad de combatir esta opinion; pero está, por desgracia, tan arraigada en el ánimo de algunos, que es fuerza ocuparnos de ella para procurar extinguirla.

Empezaremos por preguntarles: ¿basta saber plegar y desplegar un regimiento, para poderse defender y ofender al enemigo? ¿No se necesita además saber como ha de esperarsele, si con mucho ó poco fondo en la formacion, segun el objeto y las armas del enemigo, y elegir el punto más estratégico para apropiarse sus ventajas? Y ¿cómo han de reconocerlas si desprecian todos los conocimientos de la estrategia y la fortificacion, que sus limitadas inteligencias no conciben? ¿No comprenden, del mismo modo, que se necesita conocer los defectos ó ventajas de la posicion que ocupa el enemigo, si se le quiere atacar con mayores probabilidades de buen éxito? Veán ahora, si nó cierran los ojos de la razon, como no todo consiste en saber la táctica de memoria, ni es suficiente contar con muchos y robustos soldados para que un ejército se haga respetar.

Suponen tambien que si alguna instruccion necesitan los jefes y oficiales, pueden tomarla en la práctica de sus deberes; pero aunque admitamos su parecer, no podemos admitir igualmente sus consecuencias, porque no pueden practicarse muchos de ellos sin algunos preceptos teóricos.

Tal sucede con la fortificacion. Obligada una porcion de tropa por el enemigo, puede verse reducida á guarecerse en un punto determinado: convendria entonces saberse fortificar, y tal vez lo intente aunque sólo aproveche en su auxilio aquellas ideas naturales en el hombre, que tienden á aconsejarle su propia conservacion, y los medios más sencillos, aunque ménos provechosos, que para conseguirlo les



sugiera su natural instinto; pero ¿podrá esperar el jefe de esa fuerza el mismo satisfactorio resultado, ignorando ó conociendo ciertos principios de fortificacion?

No puede ser: si la desconoce por completo, no sabrá elegir la mejor forma para el reducto, y dado caso que acertara en la eleccion, no sabria construirle, ni evitar los defectos inherentes à ciertas obras.

Así, por ejemplo, puede suceder que habiendo formado un atrincheramiento cualquiera, fueran tan grandes los sectores privados de fuego que produgesen los ángulos salientes, en la defensa de la obra, que pudiese por ellos atacar el enemigo sin tanta exposicion como si los dichos ángulos estuviesen cortados en direccion perpendicular à sus bisectrices por otros tantos chaflanes.

Otro tanto sucederia si la prolongacion del declivio superior no pasara por el borde exterior del foso, ó por una paralela à dicho borde y un poco mas elevada, pues tendria el enemigo un abrigo seguro cerca de la obra, precisamente cuando mas en peligro se hallan sus defensores.

Y si añadimos à esto que los procedimientos militares no pueden ni deben aprenderse con la práctica, porque como en el caso anterior seria una instruccion muy cara por lo peligrosa, deduciremos, que los que no ven la necesidad del estudio para el mayor brillo del ejército, tienen muy reducido el horizonte de su penetracion, ó han leído poco la historia, que dedica más, y más brillantes páginas à celebrar las batallas ganadas con el talento de los generales, que à las que debieron su resultado, aunque fuese igualmente favorable, à una lucha heróica; pero escasa de todo apoyo por parte del ingenio y del saber humano.

Las primeras economizan la sangre del soldado, y las segundas la derraman más en abundancia por la falta de buena direccion y sobra de heroismo.

Otras muchas reflexiones podríamos hacer en favor de nuestra opinion y en contra de la que combatimos; pero tan

claramente vemos que está la razón de nuestra parte, que sólo negando la evidencia pueden evitar nuestros adversarios el declararse vencidos.

Se nos dirá que puesto que cada cuerpo del ejército tiene su objeto especial en la guerra, en donde todos se han de prestar puntual y conveniente ayuda, cae por tierra nuestro razonamiento; pero como no es fácil reducir las circunstancias á ningún género de obediencia, pudieran exigirnos acciones en que necesitásemos el apoyo de otros cuerpos y no le pudiéramos hallar. ¿Qué hacer entonces? ¿Pagar con sangre tan criminal ignorancia?

Horror nos causó la sólo idea de que esto pueda suceder, y cada vez comprendemos ménos como hay quien rehuse los elementos de fuerza que dá á los ejércitos la instrucción de todos sus individuos.

Cierto que cada cuerpo, segun su índole, tiene una obligación especial sobre todas las que conciernen al soldado: cierto es también que la ingeniosa y mútua protección de todos constituye la buena dirección de las operaciones; pero repetimos que por más que esto sea así, no debe despreciar ninguno el saberse proporcionar por sí sólo algunas de las ventajas que los demás le ofrecen.

Ha de esperar confiadamente la protección de sus compañeros, que á su vez se la han de exigir en casos distintos; pero esto no obstante, aconsejamos á todos el estudio, al mismo tiempo que encarecemos mucho la unión que debe existir entre todos los cuerpos é institutos del ejército, para que unidos los méritos y servicios de todos, consiga la milicia hacer respetar en el exterior la bandera de la patria, y sostener el orden público en el interior.

Unidos ya por unas mismas ideas y aspiraciones, haremos observar lo que importa el auxilio recíproco de todos, y la necesidad que existe de que se preste.

La artillería con el alcance fabuloso de sus piezas y los horriblos efectos que causan sus proyectiles, así desbarata

los muros y trincheras del enemigo, como destroza instantáneamente sus columnas mas fuertes y compactas.

Ella facilita los ataques à la caballería y la infantería molestando al enemigo en sus mismas posiciones y abriendo brechas en los muros que las guardan; y en el ataque de los cuadros, lo mismo que en su defensa, desempeña un papel muy importante.

En el primer caso consigue desunir sus filas sin exponerse al fuego de la fusilería, y esto como es natural debilita su resistencia, porque en vez de oponer à la caballería un muro fuerte de bayonetas, y unas descargas casi irresistibles, la recibe con desaliento, pues que le falta la union que es la primera y principal base de su defensa, como que presta por si sola à esta formacion sus magnificas ventajas.

En el segundo caso procura apagar los fuegos de la artillería contraria, molestando al enemigo mucho antes que pudiera conseguirlo la infantería, y de tal manera influye en la suerte del combate, que suele evitarle muchas veces cuando el que ataca no cuenta con cañones. Aqui conviene advertir que siendo el cuadro una formacion esencial y únicamente defensiva, no puede apetecerse otro resultado mejor.

Otra de las aplicaciones importantes de la artillería es la que ofrecen los tiros curvos ó por elevacion: sirven estos para batir aquellas posiciones enemigas, que por ser cerradas y en extremo consistentes impiden que los tiros rectos surtan efecto alguno, y tambien se usan con provecho en las poblaciones y los bosques, para conseguir que el enemigo los desaloje.

En resumen: son tan útiles y tan conocidos sus servicios, que no necesitamos encarecerlos para que todo el mundo los admire; pero es el caso que estas máquinas de guerra que son el terror de los ejércitos, porque lo mismo se emplean contra las personas que contra los edificios, caen fácil-

mente en poder del enemigo, si la infantería y la caballería, y muchas veces las dos juntas, no la escoltan y protegen; pues como sus disparos son tan poco á propósito para pequeños objetos, una docena de certeros tiradores bastaria para matar los artilleros y apoderarse impunemente de las piezas.

La caballería es tambien de una gran importancia en la guerra, pues si bien es cierto que muchas veces la clase del terreno no la permite funcionar, es innegable que valen mucho sus servicios aunque no pueda prestarlos con frecuencia.

Para proteger la retirada de la infantería dá muy buenos resultados, puesto que conteniendo un poco al enemigo, y cuando aquella se ha reunido y preparado á su retaguardia, salva con facilidad la distancia que le separa de ella. Su principal aplicacion está en la conclusion de las batallas: cansados ya ambos ejércitos, y al declararse vencido uno de ellos, sucede que entra en sus filas el pánico y la confusion, de la cual se aprovecha la caballería para hacer prisioneros en la huida y recoger todos los frutos del combate dispersando al enemigo y diezmándole sus huestes.

Sin ella seria mas que probable ganar una batalla y no hacer otros prisioneros que los heridos mas graves; y asi por estas como por otras muchas razones que seria prolijo enumerar, se concede á la caballería una gran influencia en los ejércitos. Mas hemos dicho ya que no todos los terrenos son buenos para que funcione, y de aqui se deduce que no puede sostenerse por sí sola.

En efecto: puede verse precisada á ocupar un sitio poco llano, sembrado de árboles ó cortado por arroyos caudalosos, circunstancias suficientes para anular su poderosa accion y ser en este caso hostilizada por el enemigo, que lo hará sin peligro alguno si no acompaña á los ginetes alguna infantería.

Esta es el arma que más facilmente puede operar sin el

concurso de ninguna otra, y sin que desprecie su beneficioso apoyo, puede por sus propias condiciones intentar cualquier género de ataque, y emprender y acabar por sí sola las mas notables y difíciles defensas.

Si se encuentra en un terreno llano, que es el menos apropósito para ella, recurre à la formacion del cuadro y ya se encuentra fuerte para resistir los ataques de la caballería, que es entonces su peor enemigo.

Si el país fuese ligeramente accidentado ó montuoso, nadie desconoce lo que aumenta su poder, y si en él hubiese arbolado y caserios, le servirán los árboles de naturales parapetos, y las casas de castillos, una vez preparadas para la defensa, como puede conseguirse à poco tiempo y con no mucho trabajo.

Cualidades son estas sumamente atendibles, aunque todavía tiene otras condiciones de economia y fácil organizacion, que recomiendan el aumento de la infantería sobre todas las demás armas, y à las cuales se debe sin duda alguna la inmensa desproporcion en el número de sus soldados.

Los cuerpos de Estado Mayor, Ingenieros y Administracion militar, tienen tambien sagrados é importantes deberes que cumplir; y son tan útiles y provechosos sus servicios, que son, digámoslo así, el complemento de las armas generales para formar un completo y poderoso ejército.

Hacemos estas ligeras observaciones para probar la necesidad que existe de sostener todos los cuerpos y clases del ejército una union y un compañerismo admirables, recordando que están intimamente unidos, no sólo por el deseo de servir à la pàtria, que es general en todos, sino por la naturaleza de sus diversos trabajos, que reclaman como hemos visto para su mejor aprovechamiento el auxilio de todos los demás. Y pues que marchan à un mismo fin y por igual camino, es necesario y conveniente que todos los militares, sin distincion de cuerpos, fraternicen con envidiable

franqueza, formando la distinguida familia militar, que ha de ser grande por sus actos de noble valor, y afable y bondadosa porque lo lleva consigo toda reunion de caballeros.

No nos hemos ocupado antes de los cuerpos de Guardia Civil y Carabineros, y no ha sido ciertamente porque desconocamos sus muchos y grandes merecimientos; sino que como está su mision enteramente separada de la milicia, al ménos en su objeto principal, prescindimos entonces de ellos, si bien aprovechamos esta ocasion para rendir un tributo de admiracion entusiasta à su excelente organizacion, eminentes servicios y severa disciplina, con tanto mayor motivo cuanto que están muy diseminadas sus fuerzas, y fué, por lo tanto, de la inmediata direccion de sus jefes.

Están, pues, con nosotros estos cuerpos beneméritos, y les aconsejamos tambien la union y el compañerismo que ha de ser la enseña de nuestra asociacion.

Para conseguirlo tenemos el apoyo de la ordenanza, que manda al soldado obedecer à todos los jefes y oficiales de cualquier cuerpo, é impone á estos la obligacion de reprender cualquier exceso que observasen, aun cuando aquel que le cometiese no pertenezca al regimiento en que ellos sirvan.

Ahora bien ¿no tiende esta disposicion à unir todos los cuerpos y clases del ejército? Seguramente que sí. Y en su consecuencia la union que antes recomendamos como conveniente, se nos exige ya como uno de los muchos deberes que nuestra obligacion nos impone.



## HONOR Y DISCIPLINA.

Esta es la insignia del soldado: donde quiera que se presenta le adorna y enaltece el mágico influjo de esta virtud sagrada. Ella le obliga à ser valiente mostrándole en la huida la deshonra, y cuando el éxito ha satisfecho sus aspiraciones ofreciéndole el laurel del vencimiento, tambien le enseña lo que debe à sus mismos enemigos.

Es preciso, por lo tanto, que todos comprendamos y hagamos comprender à nuestros inferiores, que sólo perseverando en la conducta que nos traza la honra del individuo en particular, y en general el honor de nuestras armas, podremos cumplir provechosamente lo que à la pàtria prometimos al vestir el uniforme, lo que à la pàtria debemos como buenos ciudadanos.

En el momento que olvidemos los preceptos rigurosos que en nuestra obligacion están consignados; tan luego como despreciemos la parte mas insignificante de ella, habremos deshonrado el uniforme: habremos hecho traicion à nuestro propósito.

Grande y elevada es la categoria del militar aun en sus

grados mas inferiores; pero ¿sabeis por qué se le concede tanta distincion ahora, y antiguamente tantas preeminencias? Pues es en cambio de las muchas privaciones que su carrera le demanda: es que como no cabe la indulgencia en nuestras faltas, por sus terribles trascendencias, se nos ofrecen en ley de compensacion honores y privilegios que sostengan en nosotros un noble estímulo, que nos ayude á cumplir fielmente una mision tan penosa.

A este resultado no se llega de otro modo que obedeciendo ciegamente á nuestros jefes: ellos nos mandan sin dejar de obedecer tambien, puesto que tomando su autoridad de la ordenanza, y no en la proporcion que ellos deseen, sino en aquella que el convencimiento y una sãbia reflexion les conceden, no hay razon para suponer que el deseo de mandar dicte sus órdenes. Es así conveniente que todos nos penetremos de esta verdad, para cumplir, no por razon de una obligacion estrecha, sino por la satisfaccion que todos debemos sentir al contribuir en algo á la prosperidad de nuestra pátria querida.

Si: debemos renunciar la libertad que muchos desean para el ejército, sin duda porque no comprenden lo funesta que seria en este caso para la pública tranquilidad; pues siendo el ejército una màquina de guerra puesta al servicio de la nacion, en manos de su Gobierno, sólo podrá funcionar con la regularidad debida cuando las distintas piezas de que se compone, que son en nuestro caso los soldados, no solamente se hallen perfectamente construidas, esto es, perfectamente instruidos, sino convenientemente colocadas y sujetas á moverse en el hueco que les conceden las mas estrictas reglas de una buena construccion. Es decir: obligándoles á sujetar sus acciones al rigor de una ley sãbia é indispensable, siguiendo nuestro paralelo.

Este es nuestro parecer en este punto, y no le variaremos nunca, porque estamos convencidos de su bondad: si ha de concederse al ejército la libertad con que algunos le ha-



lagan, vale mas que se le disuelva: siendo bueno es la mejor garantía del orden; pero si huye la sujecion de las leyes militares, buscando la impunidad en mentidos derechos, no hay medio à nuestro entender de consolidar el orden con un elemento tan desordenado.

¿Qué se pretende? ¿Autorizar al soldado para que sólo obedezca à sus efes cuando le convenga? ¿Reconocer en él el derecho de examinar las órdenes de sus superiores y obrar segun el resultado de su exàmen le aconsege? ¿Queréis que sea libre para defender su opinion política? Pues es imposible, y todos tocaríamos pronto las fatales consecuencias de vuestro pensamiento puesto en pràctica. Vosotros mismos, siendo Gobierno, tendríais que reducir la libertad del soldado à sus estrechos y naturales limites, si quierais evitar, no ya la derrota que seguramente os causaria, sino la infinidad de horrores que su desenfreno lleva consigo.

Observad como à medida que aumenta la autoridad de una persona, aumenta tambien su responsabilidad: observad al propio tiempo con cuanta justicia se le exige, despues de concederle tantas atribuciones. Pues bien: dad las armas al pueblo, ó lo que es lo mismo, hacedle autoridad llamándole soldado, y dadle la libertad que le ofreéis, que él se encargará de poner de manifiesto los peligros de vuestro sistema. No busqueis la realizacion de vuestro sueño. Creednos: es un delirio de vuestra imaginacion: no es realizable: es completamente ilusorio.

Si quereis evitar que la historia lo declare escribiéndolo en sus páginas mas sangrientas, desistid de vuestra loca intencion. Creednos, os repetimos otra vez: no es compatible la política con el ejército.

Bien está que los Gobiernos practiquen las doctrinas de sus respectivas opiniones; pero sean estas las que fueren, cumple sólo al soldado obedecer y darles con su adhesion la tranquilidad que necesita para dedicarse con fruto à sus innumerables é importantes trabajos.

Y efectivamente: si el ejército ha de darnos el orden ¿cómo podría conseguirlo asociándose sus individuos á las diversas fracciones políticas que se disputan el Gobierno?

De ningun modo. Siendo cierto, como lo es, que no siempre emplean los partidos la razon y el convencimiento para obtener el triunfo de sus ideas, ¿que habian de hacer los militares cuando los suyos respectivos apelasen á las armas? ¿Tirar contra sus compañeros políticos? ¡Cruel necesidad! ¿Abandonar su puesto de soldado, faltando á su honor y juramento? Antes morir, que nada vale la vida sin la honra.

Y no se diga por esto que despreciamos los beneficios de la verdadera libertad, que harta instruccion reconocemos en el ejército para comprender que sabe apreciarla en lo que vale, sino que á pesar de ser tan agradable á todos, no la podemos admitir sin grandes peligros que queremos evitar.

¿Pues cómo, preguntarán algunos, si el ejército comprende las excelencias de la verdadera libertad puede renunciar el goce de los derechos que concede? ¿Este es precisamente el sacrificio inmenso del soldado: amar la libertad y ser esclavo de la ordenanza. Y siendo su principal deber el observarla ¿qué tiene de extraño que desatienda sus naturales deseos, puesto que se oponen á lo que ha jurado por su honor?

Bien se deja comprender que no nos referimos á los militares que son, ó puedan ser elegidos diputados, ó que sin serlo desempeñen cargos tan elevados, que no sea posible ejercerlos sin inspirarse en la marcha política del Gobierno. Aparte de estas excepciones: esto es, el ejército en general, debe vivir alejado de la política dedicando toda su atencion á las cuestiones puramente militares, que no es chica la tarea queriéndola cumplir.

Las personas ajenas á la milicia, y que sólo ven en ella la parte sana, digámoslo así, de nuestra vida militar, si que

la consideran insignificante, y hasta reniegan de la holganza aparente en que nos ven: mas si no fuese en nosotros indiscrecion suma, y en ellas curiosidad exagerada, podríamos, entablando una polémica, hacerles variar su opinion en este punto. Porque realmente. ¿Cuándo descansa el militar? ¿Cuándo puede estar completamente tranquilo, si cualquiera hora del dia y de la noche es buena para llamarle à su obligacion? Nunca, ciertamente. Y si no tiene tranquilidad ¿cómo es posible el descanso?

Podrán decirnos, y en esto tienen razon, que nuestras horas de trabajo no guardan un orden periódico; pero ¿saben por qué? Pues no es por otra cosa sino por que es enteramente imposible. Las exigencias del servicio, que son muchas y diversas, no pueden sucederse con un orden de perfecta proporcion, y dependen de causas tan variadas y de combinaciones tales, que no es posible repartir el tiempo en periodos regulares para su cumplimiento.

Mas se ha de tener en cuenta que no de todas las ocupaciones del soldado tiene el público conocimiento: hay muchas que sin el atractivo de la música ni el lucimiento de una parada, ejecutadas en el cuartel sin lujo de aparato, instruyen al soldado en sus deberes por medio de continuas academias. Allí se le enseña, no sólo à manejar sus armas, que ésto se aprende pronto, sino que tanto los jefes como los oficiales, se esfuerzan en darle la educacion militar que necesita y que conserva aun despues del servicio, como demuestra la experiencia para orgullo del ejército.

Es objeto preferente de estos trabajos la explicacion de las maniobras, el servicio de guarnicion y de campaña, y todas las demás enseñanzas que le son indispensables; pero la explicacion en que con más ahinco se busca el aprovechamiento de los discípulos, es aquella que se dirige à prepararlos para que el dia del combate no luchen como fieras y sí como cumplidos caballeros.

Aquí es donde los oficiales deben poner y ponen todo su

cuidado, para demostrarles que el vencedor si es cruel marcha el laurel de su corona, à la par que el afable y compasivo obtiene otra que es la de la humanidad, y de más mérito que la primera, puesto que se la ofrecen los mismos vencidos, dando así público testimonio del buen comportamiento de las tropas.

Con este motivo y el que dá la importancia de la disciplina ¿cuánto tiempo no se ocupa en inculcar en su ánimo éste precepto de obediencia? Y si todo este tiempo y este sacrificio evita que se derrame aunque no sea mas que una gota de sangre de la mucha que necesariamente ha de verter la indisciplina, ¿por qué se critica la ocupación del soldado, tomándola como causa de perturbacion y de daño para la paz de los pueblos? ¿No publican los mismos que esto dicen que la instruccion del pueblo ha de regenerarle?

Pues ya tienen que hacer si han de demostrarnos que instruye y civiliza más el azadon que el fusil.

Otro argumento de los que emplean es que se priva à las naciones de muchos brazos útiles en la agricultura; pero se les podria responder: de nada sirven esos brazos dispuestos à labrar la tierra, si el órden mas perfecto no impera en los Estados: por temor à la anarquía desaparecen los capitales que pagan su trabajo, y sólo se consigue con un excesivo número de obreros en huelga, que esa misma anarquía se precipite y extienda sus horrores à las más pacíficas comarcas.

Tambien aseguran que acostumbrándose el soldado à una vida mas cómoda que la que tenia antes de venir al servicio, pierde el amor al trabajo y es causa de los males por que encuentran perjudicial la vida de cuartel; pero en contra de esta opinion està la experiencia que demuestra lo contrario: y además; admitiéndose, como se admite, que el más rudo patan adquiere una instruccion general en el ejército, lo natural es suponer que ésta mayor instruccion

le ha de mostrar la conveniencia del trabajo; y si léjos de ser así, le condugese à la vagancia, no sería una verdad que el bien ó mal estar de las naciones depende de su mayor ó menor instruccion, respectivamente.

Muévenos à hacer estas reflexiones el afan con que se procura que aparezca odioso el soldado, y al mismo tiempo el creer que autorizamos con ellas nuestra pretension de darle dos consejos.

Es el primero que no se deje seducir por los que con éstas ú otras invenciones tratan de sorprender su buena fé: y el segundo, que si en cualquier sentido pudiera mejorarse la condicion del soldado, lo espere del Ministro de la Guerra, quien posee todos los elementos que para ello pudiera necesitar.

A una práctica larga é instructiva, como la que debe suponerse en la persona que ocupa el primer puesto del ejército, reúne tambien la sàbia advertencia de los demás Generales, que por su ocupacion especial en tal ó cual dependencia, hacen un estudio de todo aquello que, sin perjudicar al servicio, favorece à las clases que dependen de su autoridad. Con ésta confianza y en la seguridad de obrar bien despreciando las impertinencias, que como las referidas, tiendan à llevar el ejército al cebo de falsas promesas, debe el soldado comprender que, si otra cosa le dicen, tratan de llevarle derechamente à su perdicion.

Por eso debe huir de toda reunion donde con aparien-  
cia màs ó ménos hipócrita se promuevan conversaciones en  
contra de la disciplina militar, convenciéndose de que el  
único camino para sacar mas ventaja en bien suyo, no es  
otro que el de seguir fielmente las prescripciones de la or-  
denanza. Sólo así, y cuando haya pagado à la pàtria el tribu-  
to que la debia, podrà volver al lado de sus padres satisfe-  
cho de haber cumplido con su deber, y con una recomen-  
dacion en su licencia, que alguna vez puede serle prove-  
chosa.

Cuando éste camino no siga, y de delito en delito busque una soñada ilusion, el rigor de la ordenanza y la vergüenza de su deshonra le harán hallar su triste desen-gaño.

Mas es preciso evitar que ésto suceda, y puede conseguirse con la explicacion clara y constante de sus deberes, y con el buen ejemplo que en todos los actos de su vida deben dar los oficiales. Si no lo hacen así, y su punible conducta la observan los soldados, no esperen de ellos otra cosa que el desprecio: á este desprecio seguirá la desobediencia, y á la desobediencia parcial una insurreccion terrible y formidable.

Si. «Cuando los diques de la disciplina se rompen, dice un famoso Mariscal de Sajonia, se convierte el ejército en un populacho vil, á quien debe temerse más que á los mismos enemigos.» Y como nada puede influir tan poderosamente para que ésto llegue á suceder, como el afiliar á los militares en un partido político cualquiera, desde luego nos declaramos independientes de todos sus compromisos, porque se oponen á nuestra institucion.

Nosotros los respetamos á todos, y á todos los consideramos dignos de gobernar el pais, porque en todos reconocemos el buen deseo con que trabajan por salvarle; pero no es precisamente el ejército el que ha de buscar estas soluciones: basta que las sostenga haciéndolas respetar, que es el fin para que fué instituido, para lo cual no necesita saber quién ni cómo las encontró.

El ejército tiene ya sus estatutos que observar; y sin faltar á su obediencia, que es lo que se llama disciplina, no puede comprometerse á obedecer otros, bien expliquen las libres teorías del republicano, ó las restrictivas del absolutista más pertináz; y así, y para no causar ofensa á ninguno, consignamos fuera de toda pasion, que el ejército y la política, son dos cosas que se repelen, que no pueden estar juntas.

19 Nosotros deseamos que lo comprendan todos así, para que cese ya la guerra que viene haciéndose à la disciplina militar, sin más objeto que allegar elementos favorables à una causa opuesta à la del Gobierno: así deben comprenderlo especialmente los militares, para no dejarse llevar adonde su honra ha de padecer indispensablemente, y adonde no es fácil llegar con la conciencia tranquila.

Para poder rechazar las maquinaciones de los enemigos del orden; para saber prevenir sus asechanzas y oponer un muro inexpugnable à sus locas ambiciones, no se necesita más que mirarlos con desprecio, pues más elocuente que la voz misma, les hará conocer cuán equivocadamente pensaron al sembrar la perfidia en un campo fértil para producir virtudes; pero árido y estéril para que en él germine la traicion.

Honor y disciplina. Hé aquí el arma poderosa que el soldado debe emplear contra todos sus enemigos.

El honor nos obliga à obrar bien, sujetando nuestros actos à las leyes; y como precisa consecuencia de ésto, nos sirve tambien de obstáculo al separarnos de ellas en un momento de exaltacion.

Bien puede decirse, por lo tanto, que en el honor se reasumen todas las virtudes militares, puesto que todas las recomienda y sostiene. Sin embargo: es conveniente tratar por separado cada una de ellas, pues si bien todas se derivan del honor, hay precision de examinarlas separadamente para que puedan mejor comprenderse sus hermosas propiedades.

No hablaremos ya de aquellas ventajas que el honor puede reportar à un ejército que sabe sostenerle: ellas son tantas y tan grandes como se desprende de lo dicho anteriormente, y del siguiente suceso que nos refiere la historia.

Cuando los romanos declararon la guerra à los cartagineses para dominar la España, tuvieron que vencer obstácu-

los tan importantes como el valor de los Numantinos y el esfuerzo del ejército cartaginés, hábilmente dirigido por sus jefes.

Cuatro batallas ganaron los romanos y dos perdieron al perder la vida los dos Escipiones.

Se encargó luego del mando Publio Cornelio Escipion, y se dirigió contra Cartagena metrópoli y córte del enemigo. Tomó la plaza: y al entrar en ella, le presentaron sus soldados una joven que estaba prometida á un Príncipe celtíbero.

Cualquiera hubiera temido por la suerte de aquella muger, pero el virtuoso General que no ignoraba lo que vale en la guerra el honor y la caballerosidad, se expresó en esta forma dirigiéndose al Príncipe. «Joven español, las prendas que adornan á esta hermosa prisionera, la hacen digna del más noble establecimiento: yo no he podido ser insensible á sus gracias: su posesion me haria el más venturoso de los mortales; pero me consta que la amas con la ternura que se merece, y renuncio con gusto en tu favor un bien para mí tan apreciable: vive seguro de que ha sido respetado su decoro, pues no te presentaría yo un don que no fuese digno de tí que le recibes y de mí que te le ofrezco; solo exijo en recompensa tu amistad con el pueblo romano, y me persuado á que nunca tendrás motivos para arrepentirte de ella.»

A todas partes llegó la admiracion de este hecho, y tales fueron sus resultados, que muchos pueblos se adhirieron á Roma atraidos por las virtudes de su General.

La familia del Príncipe ofreció á su bienhechor mil cuatrocientos caballos para que los uniese á sus tropas, y los padres de la doncella tambien le ofrecieron una crecida suma de dinero, que puso á disposicion de los jóvenes esposos. Y con la noble accion referida y otras pruebas más de su apacible carácter se conquistó tantas simpatias, que los españoles se consideraban dichosos estando bajo su dominio.

Tales son los resultados de un honroso comportamiento



los cuales, más que la fuerza de las armas, suelen contribuir al mejor éxito de las operaciones.

Magnífico y conmovedor espectáculo presenta un ejército victorioso, que sin dejarse embriagar con la gloria de su triunfo, y cuando todos los intereses de los vencidos están à disposición de su voluntad, sabe emplearla para protegerlos, haciendo que todos los respeten; porque la fuerza que no se humilla à la razón, no es la fuerza en que descansa la justicia. Esto han de recordarlo siempre los militares de todas graduaciones, y tambien han de tener presente que su misión en todas ocasiones es tan importante y trascendental, que nó pocas veces salva el honor de un regimiento el valor y lealtad de un simple cabo ó soldado: meditenlo bien, y verán como es posible que ésto suceda en la guerra, en donde el descuido de un centinela puede dar ocasion á una derrota.

Por eso la patria al recibir sus hijos como guerreros les exige juramento de que han de ser activos y fieles guardadores de su honor, que está simbolizado en su bandera, en donde están unidos la gloria é interés de todos sus defensores. Esta es la razón porque en los casos de mas peligro, cuando un jefe necesita de sus soldados una conducta casi temeraria, toma la bandera, y lanzándose con ella al enemigo, les lleva fácilmente al cielo de los héroes, que es el campo del honor.

Y verdaderamente que ninguna otra excitación puede ser tan oportuna en semejantes actos. El soldado que vé à sus jefes dirigirse al combate llevándose su bandera, que es lo mismo que llevarse su honra, podrá morir en la lucha; pero no le ahogará el remordimiento de haber comprado su vida à costa de su honor.

Ahora bien: todo esto no sería bastante para conseguir la victoria sin el concurso de la disciplina: hay que tener presente que ese jefe que nos sirve de guía, no puede obrar al acaso en ocasiones tan críticas como son todas aquellas en

que se juega la vida de muchos hombres: ha tenido que hacer un detenido exámen de los elementos con que cuenta el enemigo; ha estudiado su posicion y contado sus fuerzas, y despues de darlas más ó ménos importancia, segun su mejor ó peor organizacion, las ha comparado con las suyas. Tal vez haya encontrado éstas inferiores en número, pero convencido de que sus filas no pueden ser mermadas sino por el plomo enemigo, desprecia la diferencia, y en la confianza de su disciplina, funda el resultado de tantos y tan difíciles cálculos.

Fácilmente se comprende que no pueden ser éstos sino más ó ménos aproximados, segun sea la instruccion y el talento del que los ejecuta; pero si no hay disciplina en el ejército, por más que el plan de su jefe sea obra de un talento privilegiado y de una larga experiencia, claro está que no puede ser provechoso. Allí donde mande veinte hombres solo irán diez, quedandó vendido aquel punto que él creia perfectamente guardado. Tal vez con esta seguridad habrá colocado otros puestos que serán igualmente inútiles, y cuando en el centro de su posicion se crea seguro à consecuencia de las precauciones tomadas, se encontrará más en peligro que nunca, merced al descuido de los centinelas, puestos intermedios, grandes guardias y cuerpos de sosten, que son las bases de su seguridad.

Un hecho práctico acabará de convencernos de la necesidad de la disciplina.

En un terreno llano y muy á propósito para obrar la caballeria, fué sorprendido por ella un batallon de infanteria, que càsi se encontraba sin municiones. Formó el cuadro; y aunque economizaba los tiros, consiguió hacerse respetar por su serenidad é instruccion. El jefe comprendió desde luego que no era aquello todo lo que debia prometerse de sus buenos soldados, y dispuso ponerse en marcha sin deshacer la formacion, dirigiéndose à un monte que tenia à bastante distancia.

Así lo hizo: aquellos veteranos despreciaron el peligro en la confianza de que su jefe les salvaría, y él á su vez esperaba un feliz resultado del valor y disciplina de su tropa.

En vano intentaron los escuadrones aprovecharse de la dificultad de esta maniobra para derrotar á su enemigo, pues cuantas veces le atacaron, se estrelló su audacia en la disciplina de aquellos valientes, que instantáneamente ponían en defensa el muro que formaban con sus pechos.

De este modo consiguieron llegar hasta distar sólo del monte el alcance de una bala de fusil, y nuevamente les cargó la caballería y con mas denuedo que las veces anteriores, por comprender, sin duda, que una vez en el monte la infantería, adquiriría una ventaja inmensa en el combate.

El resultado fué el mismo que en las veces anteriores; pero es el caso que viendo los infantes que ya el enemigo comprendía su impotencia, y creyendo que fácilmente podrían ganar el monte que tan cerca tenían, desoyeron la voz de sus jefes, y dispersándose, en la seguridad de que ya nada tenían que temer, fueron más que diezmados por los ginetes en tan corta travesía.

¡Fatal escarmiento! pero instructivo.

En tanto que existió la disciplina, pudieron resistir las continuas acometidas; mas luego que se creyeron capaces de conjurar por sí mismos el peligro que con tanto heroísmo habian arrostrado, se hallaron perdidos completamente, pues no fué posible reunirlos.

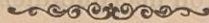
Es decir, mientras obedecieron á su jefe, lograron imponerse al enemigo, que más parecia escoltarles que otra cosa; pero no bien le negaron la obediencia, cuando pagaron su falta con sus vidas.

Sírvanos este ejemplo para comprender mejor la importancia de la disciplina, ya que omitamos relatar otros muchos, de los cuales podríamos sacar iguales deducciones.

En resúmen: tan perjudicial es la indisciplina, que no solamente destrozaría un ejército en campaña, por numeroso

que fuese, sino que en su rutinaria ocupacion en épocas normales, tampoco podria haber orden ni concierto.

Así es, que una tropa sin disciplina, no merece el nombre de ejército, sino el de cuadrilla de hombres armados.



---

# VALOR Y HUMANIDAD.

Desde luego se ve que no puede administrarse la justicia sin el apoyo de la fuerza, pues si bien ésta no ejerce influencia alguna en las leyes que determinan aquella, se observa de continuo que no son los hombres tan rectos que acaten la razón así en favor como en perjuicio suyo: es por lo tanto obligación de las naciones, una vez constituido su gobierno, darle una arma poderosa para que pueda sostener con ella el imperio de la ley.

A este fin se encamina principalmente la organización de los ejércitos, regidos desde los primeros tiempos por leyes más estrechas que las de otra cualquiera asociación, como que han de ser el brazo de la justicia. Así considerados no es difícil comprender su importancia: es tal, que no puede nadie desconocerla, porque á todos extiende sus ventajas, que no son otras que aquellas que la misma justicia proporciona, puesto que facilita su administración.

Más claro: ya que la ley sin la fuerza sólo podría mostrarnos en teoría sus bondades, no debe despreciarse al ejército que la apoya llevándola al terreno de la práctica,

que es donde se producen y admiran sus efectos prodigiosos.

Esto admitido preguntamos. ¿Pueden vivir los pueblos sin leyes? El sentido comun nos responde negativamente.

Pues bien: por eso hay precision de sostener la fuerza armada en los pueblos. Lo que sí puede suceder, es que esa fuerza, indispensable para el gobierno de ellos, crean algunos hallarla más barata ó conveniente buscándola en los ciudadanos, pero sin sujetarlos á una vida exclusivamente militar.

A esta objecion podemos responder con la conducta que observan las naciones, pues todas tienen su ejército permanente, convencidas de que no puede improvisarse el soldado en el momento del peligro, por más que los reclutas se presentasen en el número que fuera necesario. Faltárales entonces la instruccion y aquella independencia que tiene el soldado cuando vive como tal; y de uno ú otro modo, siempre resulta que el soldado en el cuartel, lo mismo que el paisano en su casa, pueden cumplir fielmente lo que deben á su patria, sin mancharse ni envilecerse, y así, repetimos. ¿Cómo hay personas que tanto odian al ejército? ¿Y por qué, á mas de ésto, inducen á que le sigan las personas que faltas de conocimiento les prestan su ignorante credulidad?

¿Qué os prometeis? ¿Desconoceis, acaso, que no hay gobierno posible si no se apoya en la fuerza?

No queremos suponerlo; pero tal vez exagerais vuestra idea.

Una cosa es que por disponer de la fuerza se pueda ejercer la tiranía, y esto sea malo, y otra cosa es negar redondamente la necesidad de la fuerza para sostener las leyes: y no basta ofrecerla al jefe del Estado con restricciones y exigencias, es preciso que él la disponga del modo más conveniente, á fin de poder mejor utilizar sus servicios. Cuando nó, el mandar con entereza, cual lo exige la antoridad de los

poderes, será altamente ridículo, porque no serán respetados, y aun sería perjudicial à la sociedad misma tener que vestir las leyes con el manto de la adulacion para poderlas publicar.

La ley ha de ser justa, y por esta causa no debe rebajarse hasta el caso de convertirse en humillante ruego. Veamos el modo de conseguirlo.

Teniendo en cuenta las razones expuestas anteriormente, y considerando que no es sólo el número de combatientes lo que dà la importancia à un ejército, sino su disciplina y perfecta organizacion, se comprende que es muy difícil conseguirla, por no decir imposible, si no se tiene en el ejército permanente una escuela continua é instructiva: fuera de ella no pueden formarse buenos soldados, pues aunque el fuego de los valientes enardeciese sus corazones en un dia de prueba, siempre notarian la falta de ciertos conocimientos y hábitos militares, que son indispensables en la guerra y que no se consiguen fuera de la milicia.

En ella aprenden à obedecer con sólo observar la conducta de sus superiores; y acostumbrados ya en los ejercicios al uso de las armas, y en las marchas y simulacros à las fatigas de la guerra, se les hará fácil y ménos molesta su ocupacion, que si fueran al campo de batalla acostumbrados à la vida independiente y tranquila del paisano.

No obstante: ni éste, ni otros más graves obstáculos harían desmayar à los españoles, cuyo proverbial valor es universalmente reconocido, porque por todas partes pasaron sus armas victoriosas. Digámoslo con orgullo, ya que tambien le tenemos en ser hijos de aquellos héroes que asombraron al mundo con la gloria de su fama.

Cualquiera de nosotros que por la insignificancia de nuestro pueblo nativo, le creamos alejado del campo de sus hazañas, debemos consolarnos, por que no es posible besar la tierra de España sin besar la sangre de sus hijos.

Codicidados por todos nuestro suelo, por su gran fertilidad;

y envidiada la península por su posición topográfica, tan á propósito para el comercio como para sostener su independencia, ha sido siempre teatro de la guerra en las luchas de sus infinitos enemigos.

Establecidos ya los fenicios, que tan bien supieron aprovecharse de la sencillez de sus primeros habitantes; vinieron diferentes colonias de los llamados Rodios y Focenses; después llegaron los cartagineses con el doble propósito de comerciar y dominar, como efectivamente lo hicieron. Y también Roma, en el apogeo de su gloria, tuvo á buena dicha mandar á los españoles, para lo cual dirigió sus ejércitos al Africa obligando así á los cartagineses á sacar de España sus tropas por serles necesarias en su patria.

En fin: sucedió luego la irrupción de los godos y la de los sarracenos, durante cuya dominación no se pasaron muchos días sin que España diese un paso en el camino de su libertad, apesar de los escasos elementos con que contaba para emprender y sostener la guerra: y si así y todo, no hubiera tomado parte en las luchas de sus enemigos, apoyando tal ó cual pretensión, antes y con ménos sacrificios hubiera alcanzado su independencia.

Brillantes hechos de armas hay que admirar en estos distintos periodos; son los mas notables la destrucción de Sagunto, ciudad aliada de Roma, que no fué en poder de Anibal sino después de haber muerto el último Saguntino en la lucha, y sus hijos y mugeres en la hoguera que encendieron al efecto.

La destrucción de Numancia, que sitiada por cuatro ejércitos romanos, ninguno logró vencerla: y si al fin terminó su defensa, porque se acabaron las vidas de sus defensores, mostraron al morir el noble orgullo que tenia por base su heroísmo. Sólo así se concibe que estableciesen combates amistosos para matarse, quitando á sus enemigos la gloria de poderlo conseguir.

Así terminaron algunos sus hechos heroicos, cuya série



cerraron otros arrojándose á las llamas, alimentadas antes con los inocentes cuerpos de sus hijos.

¡Numancia! tu recuerdo vivirá eternamente: Roma te hizo inmortal llamándote «Terror de la República.»

Muchos y muy notables podríamos citar tambien de los que tuvieron lugar durante la reconquista que empezó Pelayo en los fragosos montes de Asturias, y que tan felizmente terminaron los Reyes Católicos al recibir de Boabdil las llaves de Granada: basta, sin embargo, lo referido para estimularnos á imitar las virtudes de nuestros antecesores, sin que tratemos de aconsejar el valor á nuestro ejército, que justamente se resentiría. Nos concretaremos únicamente á estudiarle para saberle emplear mejor.

Conviene ante todo no confundir el valor con la temeridad ni la prudencia con la cobardía. Hay ciertos génius en extremo belicosos que no consienten ver al enemigo sin atacarle, lo cual es tan perjudicial como todas las reglas de conducta que en la guerra quieran hacerse generales. Primeramente debe recordar y obedecer las instrucciones que lleve de su jefe; y si obrase por su cuenta, reflexionar las ventajas que puede proporcionar el combate á la causa que defiende.

Debe tambien reconocer el terreno para utilizar todos sus accidentes, y observar con suma diligencia el estado del país que recorre el enemigo, para saber si le presta su apoyo ó si rechaza sus ideas, porque es claro que del resultado de todas estas observaciones ha de depender la oportunidad del ataque, ó la conveniencia de rehusarle á toda costa.

Obrar de este modo, por mas que algunos no lo crean así, es buscar la victoria con la imaginacion, que debe preceder á la fuerza en todas ocasiones.

No es esto decir que á vista del enemigo sea conveniente la indecision, que tanto y tan precioso tiempo hace perder; pero antes que lanzarse al peligro sin más precaucion y cuidado que llevar la carabina, cualquiera cosa es preferible. Y si no ¿que diríamos del oficial que para tomar una posicion

emplease en el ataque toda la fuerza, sin disponer una reserva para el caso de un descalabro? ¿Quién habia de contener al enemigo cuando valiéndose del desórden que es natural en toda derrota le persiguiese de muerte?

Muchas son las precauciones que se han de tomar antes de empeñar un combate; y el que sin ellas le emprenda, podrá vencer; pero lo deberá al acaso y su mérito será nulo.

Sucede con frecuencia que el soldado se deja llevar de su entusiasmo y se precipita à perder la vida, que tanto bien puede ofrecer à su pàtria, en una empresa, quizá, que no puede ofrecerle ninguna probabilidad de buen éxito. ¿No sería mejor que pusiera ese valor à disposicion de sus jefes, cuya inteligencia le haria más provechoso, evitando su empleo en acciones inmerecidas? Pues éste es el verdadero valor, aquello es la temeridad. Y en efecto ¿qué cosa hay más temeraria que buscar la muerte en una empresa que no promete ninguna gloria?

Olvidense estas locuras: ayúdese el valor con la inteligencia, pues nada más que así deben luchar los ejércitos que se precian de instruidos.

Hay casos, apesar de todo, en que conviene ser tan valientes que casi se llegue à la temeridad. Son estos, aquellos que por su importancia lo requieren, y dicho se está que no puede ser temerario lo que se hace en provecho de la pàtria, y no sin fundamento como fuera preciso para merecer aquel nombre. Estas ocasiones las marcan las circunstancias, y fácilmente las comprende el militar.

Tampoco deben interpretarse las acciones prudentes como consecuencia del temor y cobardía, puesto que muchas veces se necesita más valor para subordinar el génio à la prudencia, que para arrostrar las más duras penalidades.

Si, por ejemplo, el jefe de una fuerza se decide à atacar un punto, que segun todos sus cálculos ha de rendirse por precision, no sería prudente que le atacase sin haberle antes intimado la rendicion, probàndole con sus maniobras y

posiciones que ha de ser inútil la resistencia. Otras veces, y con el mismo objeto, se retrasa el ataque si en ello no hay un grave inconveniente, para que llegando más fuerzas y tomando más y mejores medidas, se convenza el enemigo de que no puede sostenerse y se rinda sin ocasionar desgracias.

Estas y otras acciones que tan claramente prueban el talento y humanidad del que las ejecuta, podrán ser mal vistas por los impacientes; pero luego que el resultado más lisonjero se les muestre en parangón con el sangriento y aterrador de otros análogos, en que sin esa prudencia se haya apelado á las armas desde luego, han de convenir en la inmensa diferencia de ambos proceder, inclinándose, como no puede ménos de suceder, á aquel que economiza la efusión de sangre.

Otras veces—que todos éstos casos ocurren y muchos más—sucede que el enemigo se obstina en defender su puesto por más desventajosa que sea su posición: entonces si el jefe con quien ha de entenderse es tan prudente como debe, con más razón ha de insistir en atraerle á la paz para que las escasas intimaciones no ofendan su altivez; y sólo en el caso de negarse terminantemente, después de repetidas instancias, apelará al recurso de las armas, que, como ya hemos aconsejado, debe ser el último de todos.

Durante sus intimaciones al enemigo, tal vez sea tildado por algunos, más de cobarde que de prudente; pero puesto caso que venciendo sin lucha ha de ser mayor su gozo, porque las glorias que se conquistan con la prudencia no envidian nada á las que se ganan con el valor, no debe importarle mucho: además; que si el enemigo desprecia sus consejos y prefiere batirse, ocasión tendrá de probar que, de ordinario, no está lejos el valor de la prudencia.

También en la refriega y después de concluida deben marchar unidos el valor y la humanidad, despreciando la venganza cuando el ardor de la lucha y la pérdida de los compañeros la aconsejan, para lo cual conviene no olvidar, que

cuando el valor no defiende una buena causa, no solamente no merece recompensa, sino que dá motivo á una crítica tan justa como denigrante. Ahora bien: ¿qué peor causa puede haber, que aquella que admite la venganza en su defensa? Ninguna en verdad: vencido el enemigo, debe ser objeto de nuestras mayores deferencias, guardándosele todas las consideraciones que sean compatibles con la seguridad que necesariamente ha de ofrecer su custodia.

Nunca la palabra venganza debe pronunciarse en la milicia, si no es para hacerla odiosa aun á sus más decididos partidarios, que faltos de prudencia y conocimiento, buscan en ella un mentido placer. Mentido, sí; porque aquella persona que satisfaga sus criminales deseos vengándose de otra que se rinde á su voluntad, preciso es reconocer que no tiene muy nobles sentimientos, y el que en las batallas despreja el orgullo que presta la nobleza, no puede encontrar placeres positivos. El placer verdadero, la satisfacción que nace de la tranquilidad de la conciencia, no se adquiere con la venganza: sólo se consigue perdonando al que no supo ó no pudo hacer otra cosa que ofendernos. Así, pues, por más que lamentemos la desgracia de nuestros amigos, no debemos ensañarnos con nuestros adversarios indefensos. Esto lo haría un bandido. Esto lo reprueba el soldado.

Conviene llamar la atención sobre estas consideraciones, porque con mucha frecuencia en el estudio de la historia leemos que tal ó cual batalla quedó vengada con otra; y aunque fácilmente se comprende que estas venganzas se pueden conseguir sin tocar los inconvenientes que hemos combatido, nos parece oportuno distinguir con perfección ambas cuestiones.

La venganza, ó sea la crueldad con el vencido por los daños que necesariamente habia de causarnos, reprobada está según se ha dicho; pero la venganza de una derrota por medio de una victoria conseguida contra aquellos mismos que nos vencieron, no merece ningun género de censura,

puesto que para llevarla à cabo no se necesita como en la otra olvidar, ó mejor dicho, desatender los preceptos de caballerosidad que tanto se recomiendan en las escuelas militares.

Es necesario insistir mucho en aconsejar la prudencia al soldado: todas cuantas reflexiones se le hagan seràn siempre pocas, si se atiende à que la ocasion màs oportuna para que las malas pasiones se desborden se le ha de presentar necesariamente en uno ù otro dia de su carrera.

El horror que la guerra lleva consigo; la imperiosa necesidad de conceder omnimodas facultades à los jefes de la fuerza en situaciones que lo reclaman, y el abandono en que quedan tantos intereses en el momento del peligro, reclaman del ejército una bondad repetidamente aconsejada si ha de responder à los altos fines para que fué creado.

No olvidemos que la mision del ejército es proteger los derechos de todos los ciudadanos, y si lejos de ser su apoyo les hace sufrir vejaciones, pronto veremos por tierra su prestigio, negàndole la confianza, que debe ser el mas hermoso laurel de su corona.

Por lo mismo que al emplear la fuerza se sobrepone la autoridad militar à todas las demás, y por lo mismo tambien que la pátria en último extremo recurre à nosotros para que la devolvamos el órden perdido y con él la tranquilidad de las personas pacíficas, debemos demostrar con nuestra conducta la razon con que lo espera de su ejército.

Ella nos comisiona, no para destruir, sino para convencer; y sólo cuando la obcecacion de sus hijos rebeldes les haga sordos à las voces de la razon y la justicia, nos será permitido emplear las armas contra ellos: bien entendido, que aun cuando esto nos llene de pena el corazon, no podremos ménos de hacerlo, impelidos por un deber ineludible.

Unidos ya el valor y la humanidad que tan alto ponen el buen nombre de nuestro ejército, solo necesita moderar

sus nobles aspiraciones de gloria. Cierto y muy cierto es, que ésta será tanto mayor cuanto sea de más riesgo el peligro que haya de vencer para ganarla; pero como no sólo está el mérito en vencerle, sino en saberlo hacer con ventaja nuestra y daño del enemigo, he aquí por que se necesita una escuela que enseñe el medio de conseguirlo, y la razón porque abogamos por el sostenimiento de los ejércitos activos ó permanentes. Esto nada más necesitan los españoles, que son soldados por naturaleza, para poder como en otro tiempo colocar su pátria á la cabeza de las naciones.

La ocupacion del soldado no solamente favorece á la instruccion de las clases de tropa, sino que es una práctica constante para los oficiales, que sólo teoría pueden sacar de los estudios que constituyen su carrera. Tratando á los soldados es como únicamente pueden conocerse sus necesidades y estudiar el modo de satisfacerlas: y como ningun jefe deja de tener otros superiores, aprende á mandar con imperio y con justicia; porque sabe por experiencia que las dos cualidades se necesitan para ser obedecido sin repugnancia. Y en efecto: nada obliga tanto á obedecer, como el saber mandar.

Mil y mil casos se le presentarán en sus diarias ocupaciones cerca del soldado que le confirmarán los consejos ó advertencias de sus libros, probándole, por ejemplo, que una falta de disciplina jamás debe pasarse sin castigo, porque ocasionaría su indulgencia la necesidad de mayores correcciones.

Así mismo observará, que una de las cosas que más contribuyen á desvirtuar un ejército, porque en menor escala lo verá en un batallon ó en una compañía, es la parcialidad con que se aprecien los servicios dignos de recompensa.

Y efectivamente. Si el militar pundonoroso y entendido se convence de que nada influye su buena conducta en provecho de sus intereses, claro es que habrá de resentirse; y

más si pasan su categoría sin méritos bastantes aquellos á quienes él mandó como inferiores. De este modo se mata el entusiasmo; así se crean en el ejército rivalidades que tanto le perjudican.

Por eso deben todas las personas que ejercen autoridad ser tan justas en los castigos como en las recompensas, pues no obrando así, lograrán abrir camino á la ambicion; y no el de aquella ambicion honrada que la ordenanza recomienda, sino el de la avaricia ruin y detestable, que sólo puede satisfacerse empleando medios indecorosos que todos debemos reprobamos.

En una palabra: por más que un jefe conozca la manera más conveniente de atacar ó defender una posicion, y sepa distinguir sus partes débiles y fuertes para ordenar el ataque ó la defensa, nada conseguirá si no conoce el corazon del soldado, para saberle disponer al sacrificio de la vida, si así fuera preciso.

Ahora bien: las reglas y principios necesarios para la buena construccion de una obra, llámese Rediente, Luneta ú otras de las muchas que se conocen, en los libros los halla el estudioso; pero el mejor medio de conocer al soldado, sólo puede encontrarle el que más tiempo y con más detenimiento le trate.

No decimos por esto que el estudio de la fortificacion no necesite la práctica como todas las enseñanzas que se quieren llevar al mayor grado posible de perfeccion, lo que si hemos querido hacer notar es que para conocer al soldado no hay principios teóricos, probando de esta manera la necesidad de los ejércitos activos.

En ellos es fácil conseguir toda la instruccion apetecible y la organizacion más conveniente para la mejor aplicacion de la fuerza, si como sucede en España es el ejército objeto de una marcada atencion por parte de los gobiernos. Se estudia en la experiencia de la vida militar la conveniente modificacion en el uniforme, y tambien en el armamento re-

comienda la pronta adquisicion del mejor sistema.

Respecto à este último punto nada deja que desear la solitud con que se le atiende: otro tanto quisiéramos que sucediera con el primero, pues no parece sino que el cambiar de uniforme es una cosa tan sencilla que pueda estar al capricho de cualquiera, sea cual fuere su posicion. Nosotros opinamos, que cuando se crea que ha de convenir una modificacion, más ó ménos costosa, debe tomarse el parecer de todos los jefes de los cuerpos, como más conocedores de sus defectos, ó ventajas, por razon de las observaciones que forzosamente han de hacer: reunidos estos datos nómbrese una comision de personas entendidas que formule la reforma necesaria, y estudiada ya de este modo la cuestion, llévase à las Córtes (1) para que vuelva à estudiarse de nuevo, haciendo por último una ley que autorice la variacion: asi se evitaràn muchos cambios infructuosos, que solo sirven ó han servido la mayor parte de las veces, para decir al ejército que habia cambiado el ministerio.

Esto podrá parecer demasiado; pero si se considera, por una parte, que el vestido del soldado necesita reunir ciertas cualidades, asi de duracion y abrigo, como de economía y comodidad; y por otra los enormes gastos que se ocasionan, los cuales obligan no pocas veces à los oficiales à contraer deudas que lastiman su decoro en perjuicio de su limpia reputacion, se verá que no vamos tan descaminados al pedir con tanta insistencia que se corten abusos tan perjudiciales. Se ha de tener en cuenta que los subalternos, especialmente, no pueden atender con el sueldo que disfrutan à menores exigencias que las referidas, siendo ya muy considerables los gastos en su vida ordinaria, por la poca estabilidad en los acantonamientos, y por los que forzosamente han de ocasionar tan largos y repetidos viajes.

---

(1) Escrito ya este librito hace bastante tiempo, hemos tenido el gusto de saber despues por los periódicos que se trata de llevar à cabo esta idea.



Estas razones nos obligan á pedir garantías de que se cumplirán nuestros deseos, que son los de todo el ejército, buscándolas en la opinion pública sábiamente aconsejada por la prensa, con cuya poderosa influencia contamos seguro nuestro triunfo. Poco importa, si así se estima oportuno, que el remedio de los males que deploramos no sea precisamente el que nosotros acabamos de indicar: atiéndanse nuestras reclamaciones, ya que nos asiste la justicia, y no se perjudiquen los intereses de una clase tan digna, con gastos tan inútiles como son aquellos á que se les obliga variando continuamente su uniforme. Búsquese uno que llene cumplidamente todas las condiciones antes enunciadas, y no se varíe nunca si motivos muy poderosos no obligan á ello.

No es tan fácil evitar los gastos que origina el armamento; porque á medida que un nuevo descubrimiento en los efectos de las armas presenta una ventaja notable sobre las que el ejército usa, se hace inevitable la adquisicion de las mejores, para no estar desprevenidos y poder oponer al enemigo, caso de necesidad, iguales armas que las que él pueda traer para ofendernos. Esto, por más que exige grandes sacrificios al país, debe hacerse inmediatamente, pues no es prudente economizar en este ramo lo que pudiera ser en un dia de desgracia la base de su pérdida; pero con un exponente fabuloso.

Si todas las naciones contuvieran su ambicion de perfeccionar sus armamentos, podríamos hacerlo sin exposicion; pero cuando vemos que lejos de decaer ese afan, se aumenta con una rapidez que asombra, sería imprudente en nosotros contentarnos con usar unas armas regulares.

No es bastante seguridad la que nos ofrece la situacion de nuestro territorio para vivir desprevenidos; y porque en muchos años no haya sido necesaria la guerra, no por eso hemos de creer que nunca ha de llegar el caso de tenerla: además, que la precaucion no es buena solamente porque facilita la victoria, sino porque muchas veces hace innecesaria.

rio el uso de las armas. Esto se vé palpablemente considerando lo que sucede à medida que se hacen màs mortíferas y destructoras, pues se observa que en la misma proporción que aumentan estas cualidades, disminuye el número y duración de las guerras: y así es razon que suceda; porque conociendo sus funestos resultados, claro es que se ha de hacer màs por evitarlas; y como por otra parte, la precaucion no viene à ser otra cosa, al ménos por su importancia, que una arma poderosísima, que como tal destruye y aniquila al enemigo, he aquí por que se verifica, que à mayor precaucion, ménos luchas que sostener.

Una vez conseguido un buen armamento, debe procurarse por todos los medios no desaprovechar una sola de sus ventajás. Con este objeto debe emplearse mucho tiempo en tirar al blanco sin economizar las municiones; porque si toda la instruccion del soldado se encamina à crearle una situacion ventajosa en el acto de batirse ¿se habria conseguido no teniendo confianza en su puntería? ¿No es esta circunstancia la más importante entre todas las que debe reunir? Seguramente que sí: no aterra tanto al enemigo oír muchas descargas, aunque produzcan algun efecto, como el contar sus víctimas por los disparos que oye.

Es, pues, indispensable gastar mucho tiempo en esta ocupacion, despues de haber explicado clara y repetidamente la teoría del tiro, sin omitir ciertas advertencias necesarias para cargar bien, operacion que influye notablemente en el buen resultado de los fuegos. Hoy ya, mucha parte del ejército recibe hechas las cargas con el uso de los cartuchos metálicos, aplicados à las armas modernas que se cargan por la recámara, y sólo necesita apuntar bien. Antes debia conocer la marcha del proyectil al seguir la línea trayectoria; y sabiendo que ésta corta à la línea de mira, primero con su rama ascendente, muy cerca de la boca del cañon, y despues con la descendente, venia en conocimiento de cuando era necesario deprimir ó elevar la puntería, segun se hallase

el objeto que se quería herir, antes ó despues de la segunda interseccion de la línea de mira con la trayectoria, que es á lo que llamamos punto en blanco.

Esto con las armas antiguas, que con las modernas basta graduar las alzas, segun las distancias marcadas en ellas y de antemano: apreciadas por los oficiales.

Con el repetido ejercicio de esta ocupacion conseguirá el soldado observar su carabina y acostumbrarse á su uso, requisito que tanto favorece á los buenos tiradores, pues suelen deslucir su habilidad cuando se les obliga á tirar con otras armas que las que usan continuamente: teniendo entendido; que debe ejercitarse mucho en estudiar las propiedades de sus armas, considerando que la paz es una tregua que hace la guerra.

Resulta de todo lo dicho, que ayudado el valor del ejército con la prudencia y humanidad que le dá su noble caracter, y con la continua solicitud del Gobierno, que no vacilará en proporcionarle cuanto exija su buena organizacion, habrá conseguido ser el escudo de las leyes, el terror de los enemigos de su patria, y el orgullo de los que miren sin encono tan brillante institucion.

Cese ya ese rencor infundado conque algunas personas miran la fuerza pública; y para más obligarles á éste fin, ha de ser tal la conducta del soldado, que sus mismos enemigos no puedan menos de reconciliarse con él, atraidos por el irresistible poder de la virtud.

Hijos todos del pueblo, por más que el destino coloque á cada uno en distinto puesto, deben fraternizar soldados y paisanos: todos servimos á la patria y todos nuestros servicios necesita. Espera del labrador que con su actividad y constancia produzca económicamente cuanto dá vida al comercio y á la industria. De ésta y aquel espera, respectivamente, acreditar nuestras manufacturas y facilitar la exportacion, haciendo competencia á los productos extranjeros, circunstancias indispensables para aumentar la riqueza del

país. Y últimamente confía al ejército la honrosa misión de apoyar á todos en sus empresas, manteniendo el orden público, que es la fuente de toda prosperidad.

Todos, pues, vamos guiados por una misma idea, y todos buscamos una misma cosa.

En una palabra: todos amamos á España: haya paz entre sus hijos.

Resulta de todo lo dicho, que ayudado el valor del ejército con la prudencia y humanidad que le dá su noble carácter, y con la continua solicitud del Gobierno, que no vacilará en proporcionar cuanto exija su buena organización, habrá conseguido ser el escudo de las leyes, el terror de los enemigos de su patria, y el orgullo de los que tienen sin ella como tan brillante institución.

Cese ya ese rencor infundado con que algunas personas miran la fuerza pública; y para más obligarles á éste fin, ha de ser tal la conducta del soldado, que sus mismos enemigos no puedan menos de reconciliarse con él, atraídos por el irresistible poder de la virtud.

Hijos todos del pueblo, por más que el destino coloque á cada uno en distinto puesto, deben tratarse soldados y paisanos: todos servimos á la patria y todos nuestros servicios necesitan. Espera del labrador que con su actividad y constante produce económicamente cuanto dá vida al comercio y á la industria. De ésta y aquel espera, respectivamente, acrecentar nuestras manufacturas y facilitar la exportación, haciendo competencia á los productos extranjeros, circunstancias indispensables para aumentar la riqueza del

amistad, empezaron la guerra con ventaja; pero no por eso  
 temieron nuestros hermanos, que al grito de guerra los  
 traidores y viles la independencia española, corrieron á bus-  
 car armas para lanzar al invasor.

Nuestro ejército entonces apenas hubiera podido, por el  
 escaso número de sus soldados, presentarse delante de las  
 huestes enemigas, y fué preciso para rechazarle que todo  
 el pueblo se pusiera en armas, como lo verificó.

La protección que el vencedor ofreció al pueblo de  
 hoy, á la independencia, por medio de sus  
 leyes, y el hábito sacado de la prisión que ocupaba en Vi-  
 llavieja, donde esperaba el resultado de la causa que se le  
 seguía, fué lo que más hizo conocer la falsa amistad de Na-  
 poleón.

Podríamos citar muchos combates en donde tantos actos  
 de valor fueron repetidos, pero como esto es consecuencia

Inútiles serian cuantos desvelos y sacrificios se emplea-  
 sen para asegurar el orden, si el ejército no contase entre  
 sus virtudes la lealtad y la constancia. Sólo poseyendo éstas  
 preciosas dotes pudo empeñarse España en empresas tan ár-  
 duas como la de vencer al primer Napoleon, á quien tem-  
 tieron las naciones más poderosas. Estaba reservado á los  
 españoles probar al mundo lo que pueden los pueblos, quan-  
 do defienden su independencia; porque si bien recibieron  
 auxilios de otras naciones, llegaron ya cuando se habia de-  
 clarado la guerra al casi vencedor de Europa.

España por sí sola se consideró bastante fuerte para en-  
 torpecer la victoriosa marcha al primer capitán del siglo,  
 y si no le venció por sí sola, merece cuando menos la glo-  
 ria de haber eclipsado su estrella, poniéndole en camino de  
 Santa Elena, su prision, donde lloró las consecuencias de su  
 ambicion desmedida.

Posesionados los franceses de plazas importantes, cuyos  
 pocos defensores se ocupaban, quizá, en preparar fiestas pa-  
 ra recibir al enemigo, que supo vestir la máscara de la

amistad, empezaron la guerra con ventaja; pero no por eso temieron nuestros hermanos, que al grito de mueran los traidores y viva la independencia española, corrieron á buscar armas para lanzar al invasor.

Nuestro ejército entonces apenas hubiera podido, por el escaso número de sus soldados, presentarse delante de las huestes enemigas, y fué preciso para rechazarle que todo el pueblo se pusiera en armas, como lo verificó.

La proteccion que el Emperador ofreció al favorito Godoy, á quien el pueblo odiaba por atribuirle la causa de sus males, y el haberle sacado de la prision que ocupaba en Villaviciosa, donde esperaba el resultado de la causa que se le seguia, fué lo que más hizo conocer la falsa amistad de Napoleon.

Podríamos citar muchos combates en donde tantos actos de valor fueron repetidos, pero como esto es consecuencia del interés con que se buscaba la muerte por no respirar el aire de un país esclavo, los llamamos en obsequio á la brevedad, y porque basta además lo dicho á nuestro propósito. Solo hemos querido probar la importancia que dá á los ejércitos la constancia y la lealtad, cualidades que tanto distinguieron á los héroes de aquella memorable guerra. Todos los reveses que la suerte les proporcionaba no eran mas que un nuevo estímulo para lo sucesivo; y al tristísimo aspecto de la derrota, oponian la alegría de su esperanza, que se retrataba en esta célebre frase: «No importa.»

Ahora bien: ¿á que otra cosa que á su constancia y lealtad se debe el heroismo que esta frase publica? ¿Qué habria conseguido España en una lucha tan desigual, si la santa causa que defendía no hubiera obligado á todos á ser leales y constantes? Tan sencilla es la respuesta que no merece la pena de escribirse.

Ébrio de placer Napoleon al considerarse señor de media Europa, miraba con tristeza el cuadro de sus hazañas por haber en él un rincón todavía, donde no habian penetrado

los refulgentes rayos de su gloria. Acostumbradas las águilas francesas à cernerse magestuosas y tranquilas sobre los campos enemigos, defendidas por la fama de sus soldados y el justo temor que inspiraba su nombre, creyeron, sin duda, que tambien podrian pasearse por el alegre cielo de la noble España.

Habian olvidado, se conoce, que al divisar la torre de los lujanes tendrian necesidad de recordar su vencimiento ocurrido en los alrededores de Pavía, y en aquel dia memorable en que el bravo leon de Castilla cortó con su potente garra su rápido y triunfante vuelo.

En ambas ocasiones las guiaban caudillos afamados; pero en ambas ocasiones tambien, nos dejaron prendas seguras de su derrota. En Italia vieron su Rey hecho prisionero por las tropas españolas, y en los campos de Bailen, los vencedores de Marengo, Jena y Austerlitz, tambien dejaron en poder de España los laureles en aquellos puntos conquistados. ¿Y á que se debe todo esto? A la constancia y lealtad con que los españoles seguian sus banderas. Así no es extraño que exijamos al ejército estas virtudes, sin las cuales consideramos infructuosas todas las demás prendas del soldado.

Debe fidelidad à su pàtria, porque de ella recibió y admitió el encargo de defender sus leyes é independenciam; y al mismo tiempo, porque juró cumplirla al recibir las armas con este fin.

Reflexionando acerca de la primera razon, debe comprender el grave delito que cometeria, si nó contento con atacar los objetos confiados à su defensa, lo hiciera valiéndose de las mismas armas que con ánimo distinto le fueron entregadas. Por la segunda debe temer la gran responsabilidad que su conciencia ha de exigirle como à hijo ingrato que atentó contra la tranquilidad de la madre pàtria, vendiéndola à sus enemigos y olvidando el sagrado juramento que hiciera por su Dios.

Tal vez haya alguno que, atolondrado con ciertas ideas irreligiosas, estime en poco esta última consideración; pero nosotros le rogamos en bien suyo, que busque á Dios por el camino de la fé, que seguramente no será en él vencido por los sectarios del error. Recuerde que las glorias de nuestro ejército están unidas á las glorias del catolicismo, á cuya religion han pertenecido sus héroes, y no olvide tampoco el glorioso renombre que con tanto orgullo llevan nuestros Reyes desde los tiempos de Fernando é Isabel.

Soldados, si alguna vez vacila vuestra fé, pedid consejo á vuestras madres, que ellas os salvarán: escuchad sus ruegos, y vereis que los encargan sumision al Dios que os bendijo al nacer.

Probada ya la necesidad de cumplir nuestro juramento, discurremos acerca de lo mucho que hoy se escribe contra este precepto esencial de nuestra obligacion.

Hay quien juzga que el ejército debe ser fiel á su patria; pero no á los gobiernos de la nacion, cuando éstos no interpretan debidamente sus sentimientos y aspiraciones. Green necesario en este caso que el ejército proteste contra la tiranía de los poderes, y les niegue, con el apoyo de la fuerza, la base de su seguridad.

Las razones que aducen en favor de esta idea son mas teóricas que prácticas; porque si realmente se probase la inconveniencia y perjuicio de algun Gobierno, tan á las claras que no dejase ninguna duda, claro es que el militar, como todos los demás ciudadanos, estaria entonces en el caso de destruir aquel peligro comun; pero como no es tan fácil como parece el averiguar si un Gobierno se extralimita en el respeto que debe al pueblo que le concede la autoridad, y como admás hay tantos peligros en equivocarse al inquirir, á causa de las pasiones políticas, que constantemente tienen extraviada la opinion pública, he aquí por qué, si bien en teoria se admiten estas doctrinas, no pueden practicarse sin exponer la sociedad á grandes y graves trastornos.



Niegan tambien que se deba humillar el ejército sirviendo à cualquier Gobierno, puesto que algunos se establecen por la fuerza; y dicen en apoyo de su opinion, que no es decoroso rendir homenaje al fallo de las armas, porque no siempre lleva el sello de la justicia.

Tambien esto se vé y no se puede practicar: convengamos en que una idea política se eleva à las regiones oficiales y se forma un código que la explique y recomiende: esto es; que ponga su política y sus hombres en las esferas gubernamentales y lo haya conseguido valiéndose de las armas. Segun los que combaten la ciega obediencia del soldado, seria preciso observar si esos hombres que escalaron el poder apoyándose en las bayonetas, habian agotado ya todos los recursos que para conseguir su objeto pacíficamente hubieran podido emplear; y aunque esto fuera así, probar tambien que no les movió al hacer la revolucion otro pensamiento que el de salvar la pátria de una marcada y visible tiranía.

Repetimos que esta cuestion es exactamente igual à la anterior, y como ella tambien impracticable; porque aunque el hecho de vencer no dé derecho alguno, como la persona que levanta una bandera, escribe en ella el nombre de la pátria, invocando la gloria de sus hazañas y el prestigio de su nombre, no es fácil saber si realmente la impulsa el amor pátrio, ó si vá ciega siguiendo el camino de la ambicion, como se quiere suponer.

Por esta razon la conducta del ejército debe comprenderse en los límites de la prudencia, sin prestar oído à las excitaciones que se le hagan en contrario: esto no quiere decir que el ejército no pueda y deba observar la naturaleza y marcha de los acontecimientos, no para entorpecerla, sino para vivir prevenido y evitar el apoyar por ignorancia una obra que socave los cimientos de la sociedad: pero en tanto que las faltas que se atribuyan al Gobierno no se presenten con toda claridad, y en tanto tambien que su conducta

se apoye en la opinion pública, expresada sin coaccion de ningun género, debe el ejército saguir apoyando los poderes constituidos.

Es preciso no olvidar que todos los partidos, à fin de conseguir su triunfo, organizan, ó mejor dicho, tratan de organizar y educar el ejército à su modo, y como mejor pudiera favorecer sus miras; pero una vez que han triunfado, y cuando ya la conspiracion es un mérito, ó sin serlo se la considera como tal, entonces, todos reconocen lo necesidad de la obediencia sin limitacion, y todos alaban la separacion de la política y la milicia.

No debemos, en su consecuencia, crearnos compromisos: para saber cumplir con nuestro deber nos basta conocer la ordenanza; y el dia en que el ejército se ocupe en impedir ó dificultar la marcha del Gobierno y gaste su influencia en apoyo de otra causa que la suya, eclipsará su fama, faltará à su deber, y el pueblo le negará su confianza.

No parece sino que la fuerza pública de un Estado está llamada à variar su forma de Gobierno y à cambiar su política cuando y como convenga ó crea que conviene: esto no es así; y tan diametralmente opuesta es su mision, que no solamente no debe facilitar estos cambios, sino que debe impedirlos siempre que para obtenerlos se apele à otros medios que aquellos que las leyes concedan.

La fuerza, solo contra la fuerza ha de emplearse, y como lo apetecible y recomendable para conseguir estos fines, es la prueba, por medio de lo discusion, de que ciertas creencias políticas son las mas convenientes para el bienestar y engrandecimiento de la pàtria, hé aquí por qué el ejército lejos de tomar parte en las contiendas políticas, debe ordenar y regular estos hechos, impidiendo que ninguno de los partidos use otras armas que las legales, que son al fin las que menos disgustos proporcionan y las que mejores resultados producen.

Hasta aquí no hemos hecho otra cosa que demostrar el deber en que está el ejército de guardar fidelidad á los gobiernos constituidos, previniéndole al mismo tiempo que ha de obedecer las órdenes sin pararse á examinar sus consecuencias, siempre que le sean comunicadas por sus jefes. Pero admitamos ahora que intervenga el elemento militar en la política, y que por efecto de la fuerza que le da su institución consigue con las armas derrocar un Gobierno y poner otro en su lugar: ¿qué habrá ganado con esto? ¿Qué habrá ganado la pátria si la nueva situación cuenta solo para sostenerse con el recurso de la fuerza?

Nada en verdad: la fuerza sin la justicia, avasalla por el momento; pero no puede vencer. Cuando una idea está tan arraigada en el ánimo de los hombres, y hasta tal extremo la sostienen que la ofrecen sus intereses y sus vidas, podrán ser destrozados; pero en medio de sus cenizas brotarán magníficos laureles, que coronarán mas tarde las frentes de sus hijos.

No es conveniente, por lo tanto, que se ofrezcan las armas al servicio de un partido cualquiera, y si se atiende además á los graves conflictos que necesariamente ha de ocasionar esta falta, (que claramente lo es,) se vendrá en conocimiento de la razon que nos asiste para recomendar al ejército la neutralidad mas absoluta en los asuntos de la política.

En épocas normales; cuando la justicia con solo la fuerza que la presta su autoridad encarga con imperio magestuoso la observancia de la ley y nadie es osado á negarla acatamiento, su misma bondad garantiza los derechos del hombre; pero si esta obediencia se pierde, y para restablecer el orden se hace indispensable emplear las armas contra las armas de los rebeldes, se abren las válvulas del desenfreno, y vierten en el seno de la sociedad los mas enormes y repugnantes delitos.

No es suficiente que la causa del desórden sea esencial-

mente política, ni que los defensores de ella observen una conducta irreprochable: confundiéndose con ellos, y contra toda su voluntad y conveniencia, llevan entre sus fieles y caballerosos compañeros hombres que aman tan sólo el desorden por la impunidad que les ofrece la confusión. Así lo reconocen todos los partidos, y por eso al dar el primer grito de rebelión amenazan con las mayores penas á las personas cuyos actos disientan del propósito de alzamiento.

Repetimos, sin embargo, que apesar de esta medida no se evitan por completo los desmanes, y esta es la razón porque se causan tantos perjuicios al defender una idea con las armas. Añádanse á esto las muchas desgracias que forzosamente han de suceder, y se verá que hay suficientes motivos para desaprobado estos actos.

Pues bien: si ellos se oponen, como sucede, á la calma y prosperidad de los pueblos ¿qué respondería el ejército si en vez de evitarlos los produgese, yendo así contra su propia obligación, cuando el país le reclamase el cumplimiento de lo que tiene jurado? ¿Con qué disfráz presentaría su conducta á la aprobación de la patria, para que no fuese condenada por ella? No hay remedio: si el ejército ha de responder á los fines para que se instituyó, es indispensable que sea fiel á los gobiernos constituidos, y que le importe poco ó nada que procedan de tal ó cual partido político.

Pasemos á ocuparnos de la constancia. En todas las empresas se necesita si han de producir buenos resultados; pero en la milicia en donde las fatigas y sacrificios se repiten con tanta rapidéz y con tan horribles caracteres, se hace imposible el triunfo si no se opone á los rudos trabajos de la guerra una perseverancia infinita. Debe resignarse el militar á grandes padecimientos, puesto que en muchas ocasiones no solamente ha de luchar con los hombres, sino con todos los elementos, que, segun el capricho de la fortuna, le han de ser adversos ó favorables. Ha de tener pre-

sente que no sólo todas sus ocupaciones reunidas producen la molestia y el peligro, sino que cada una de ellas en particular es mas que suficiente para desanimarle, si no se reviste de una constante decision.

Las inclemencias del cielo; la amargura de una suerte desgraciada y los acerbos dolores de sus heridas, todo, todo absolutamente ha de sufrirlo con santa resignacion, sabiendo que sus padecimientos son escalones que conducen al trono de su gloria.

Como modelo de envidiable conformidad debe recordar la notable exclamacion de Felipe segundo al recibir la triste nueva de la derrota de aquella escuadra que tituló invencible. «Yo no los envié à combatir con las tempestades, sino con los Ingleses.» Y ya que hemos dicho que los trabajos y privaciones ha de sufrirlós el soldado con la esperanza de una dicha inapreciable, vamos á mostrársela para que le estimule al difícil cumplimiento de sus deberes.

Puede suceder, y sucede con una frecuencia sensible, que selle con su sangre la historia de su vida; pero esa sangre que tan generosamente derrama, sirve para escribir su nombre en el libro de los héroes, que publicará sus hechos y hará volar su fama abriéndole las puertas de la inmortalidad. Y si alguien duda que esto pueda ser un consuelo, no olvide que en oposicion con su frio positivismo hay mil y mil corazones, templados para los sufrimientos por la patria, el calor del orgullo nacional.

Convencido ya el militar de las dificultades que se le han de presentar en su carrera, debe seguirla sin que ninguna le extrañe. Este es el remedio mejor para vencerlas: saberlas esperar.

Poco nos resta que decir acerca de las buenas cualidades que debe reunir el soldado; y aun cuando esto no sea todo lo que pudiera decirse, creemos firmemente que bastó expresado para que se procure por todos el mayor brillo del ejército, sin que individualmente nos arredre la insigni-

ficancia de nuestros servicios. Pensando así, tampoco nosotros nos hubiéramos atrevido á presentar nuestras observaciones al juicio de su reconocida instruccion; pero animados, no por el mérito con que estén expresadas, sino por la oportunidad con que las ofrecemos, nos decidimos á publicarlas confiados en su indulgencia.

Todos los servicios, por insignificantes que parezcan, tienen una importancia sumamente grande y reconocida; y si no se tocan pronto sus resultados, no por eso dejan de influir poderosamente en ciertos asuntos.

¿Quién repara, por ejemplo, en el aseo y limpieza del soldado? ¿Qué puede esto influir, en último resultado, en la suerte de los combates? Esto se dicen los que no creen que en la milicia todas las faltas son graves: ese soldado que hace reflejar en su uniforme la desidia de su espíritu, llevará tambien su abandono al armamento, y ya en este terreno la cuestion, fácilmente se deducen sus fatales consecuencias. Igual ó análogo razonamiento podríamos emplear con todos sus demás defectos, para probar como en el caso presente la inmensa responsabilidad á que se sujeta el que los desprecia y no los corrige. ¿A qué conduce, dirán muchos, el reprender con dureza una ligera falta de subordinacion, que tal vez no es otra cosa que un descuido? Tristes reflexiones pueden hacerse á propósito de esta idea: permitid esos descuidos, si asi los quereis llamar, que bien pronto la experiencia os demostrará cuán inconveniente y peligrosa es vuestra conducta: no pasará mucho tiempo sin que vosotros mismos, que tanto rehusais las reprensiones, tengais que apelar á más fuertes remedios, si quereis evitar mayores conflictos.

Nosotros invitamos á nuestros compañeros á que reflexionen sobre todos los preceptos que la ordenanza contiene, para que se convenzan de que el cumplimiento de ellos, no tan solo es conveniente, sino que es además indispensable; y aunque alguno nos parezca de escasa utilidad, debemos

suponer que tal vez no la comprendemos por no haber reflexionado bastante, ó porque ha de manifestarse en épocas y casos que todavía no se han presentado á nuestro exámen.

26 Damos aquí por terminado nuestro propósito, insistiendo en aconsejar al ejército que procure no caer en la red que se le tiende para hundirle en su eterno desprestigio: le repetimos igualmente que huya las ocasiones en que pueda ser solicitado para obrar contra sus deberes, y que si este caso llega, sea su respuesta la fiel expresion del desprecio que tal proposicion le causa.

Nada importa que personas autorizadas hayan hecho distincion entre los militares de opinion política marcada, y los demás á quienes llamaron *máquinas*, criticando sin duda su laudable consecuencia á la causa que juraron defender. Nada importa, repetimos, que así se ofenda á los leales y consecuentes militares, que tan bien han sabido cumplir su obligacion, cuando tales acusaciones merecen; pues cualquiera que libre de toda pasion las escuche, seguramente ha de tenerlas por elogios: así al ménos las consideramos nosotros el dia que las oímos.

Esto no obstante, importa á nuestra defensa protestar como protestamos, contra la idea de esta distincion, protestando tambien que apesar de estas censuras, seremos hoy, como en el tiempo á que se refiere esa inculpacion, y como siempre para concluir, súbditos de nuestro deber y juramento, y que no seguiremos los consejos de un aventurero cualquiera, si no lleva en abono de su causa otro derecho que el de la fuerza.

Este mérito que no han querido reconocer algunos es precisamente la causa de nuestro orgullo, y para conservarle dignamente, resolvemos, juramos y prometemos no obedecer otras órdenes que las que emanen de gobiernos legítimamente constituidos, á los cuales, como jefes y representantes de la nacion á quien servimos, estamos obligados á distinguir y respetar.

Esta es nuestra opinion y la que aconsejamos á todos los militares que no anhelan subir los grados de la carrera sino por medios justos, decorosos y laudables; y el que quiera seguir la suerte de un partido, debe dejar la carrera de las armas, si quiere hacerlo sin compromisos que dificilmente se evitan. le tiene para hundirle en su eterno desprestigio: nos igualmente que haya las ocasiones en que pueda ser solicitado para obrar contra sus deberes, y que si este caso llega, sea su respuesta la fiel expresion del desprecio que tal proposicion le causa.

Nada importa que personas autorizadas hayan hecho distincion entre los militares de opinion politica marcada, y los demas á quienes llamaron *médicos*, criticando sin duda su laudable consecuencia á la causa que juraron defender. Nada importa, repetimos, que así se ofenda á los leales y consecuentes militares, que tan bien han sabido cumplir su obligacion, cuando tales acusaciones merecen; pues cualquiera que libre de toda pasion las escuche, seguramente ha de tenerlas por elogios: así al ménos las consideramos nosotros el dia que las oímos.

Esto no obstante, importa á nuestra defensa protestar como protestamos, contra la idea de esta distincion, protestando tambien que apesar de estas censuras, seremos hoy, como en el tiempo á que se refiere esa inculpacion, y como siempre para concluir, súbditos de nuestro deber y juramento, y que no seguiremos los consejos de un aventurero cualquiera, si no lleva en apoyo de su causa otro derecho que el de la fuerza.

Este mérito que no han querido reconocer algunos es precisamente la causa de nuestro orgullo, y para conservar lo dignamente, resolvemos jurarnos y prometemos no obedecer otras órdenes que las que emanen de gobiernos legitimamente constituidos, á los cuales, como jefes y representantes de la nacion á quien servimos, estamos obligados á distinguir y respetar.



la vida están lejos de sus seres más queridos, están, sin embargo, cerca de sus dolores.

Ve por el suelo al venerable anciano cuyos vidos ejemplares modelaba la conducta de sus amigos, y aquellas palabras verdaderas por el trascurso de los años, las mira entreciadas por la sangre que vierte en abundancia su cuerpo.

No lejos se halla un joven á quien su temprana muerte no le dejó coxar los encantos de la juventud, que en su vida se entregó al estudio de la filosofía y á la muerte el título universal.

En vano pretenderá hacerse sordo á los lamentos de los heridos y ciegos, o cerrar los ojos y le hará escuchar sus quejas fortaleciendo su espíritu abatido, para que pueda animarlos con el precioso bálsamo del consuelo.

Todo es triste en aquel recinto donde la muerte impera: Si no estuviéramos convencidos de que es la guerra la mejor garantía de la paz, nos avergonzaríamos de buscar con tanta diligencia máquinas destructoras con que alimentar sus crueles necesidades. Algo extraño parece que pidamos á la guerra esta garantía; pero consiste en que los horrores mismos de las batallas hacen que se destaquen mejor los preciosos beneficios de la paz, que es sin duda alguna el mayor bien que Dios concedió á los hombres.

Nadie mejor que el que visita un campo de batalla sabe apreciar las consecuencias de la guerra, pues aparte de tantas consideraciones como pueden hacerse acerca de sus dudosos resultados con relacion á la política, presencia escenas en extremo dolorosas, cuyo recuerdo aterrador no se separa jamás de su memoria, obligándole á pintarlas en todas partes con los más vivos colores, para inclinar la humanidad á conservar la paz por todos los medios.

Oye allí los ayes de muchos padres que lloran la suerte de sus hijos; y en el fondo de su afligido corazón también escucha la triste correspondencia de estos desgraciados, que

si bien están léjos de sus séres más queridos, están, sin embargo, cerca de sus dolores.

Ve por el suelo al venerable anciano cuya vida ejemplar modelaba la conducta de sus amigos, y aquellas barbas nevadas por el trascurso de los años, las mira enrojecidas por la sangre que vierte en abundancia su cuerpo.

No léjos se halla el yerto cadáver de un jóven á quien su temprana muerte no le dejó gozar los encantos de la juventud, pues antes que el bozo más ligero sombrease su rostro, rindió á la muerte el tributo universal.

En vano pretenderá hacerse sordo á los lamentos de los heridos y ciego ante el cuadro sombrío del dolor: la caridad le abrirá los ojos y le hará escuchar sus quejas fortaleciendo su espíritu abatido, para que pueda animarlos con el precioso bálsamo del consuelo.

Todo es triste en aquel recinto donde la muerte impera: sólo una cosa se sobrepone á su rigor. La piedad del Dios omnipotente, del Dios de misericordia y de bondad, que por mediacion de sus sagrados ministros, no sólo facilita la salvacion á los mártires de la pátria, sino que aquellos que todavía han podido sustraerse á los efectos de las armas, fian á su clemencia la conservacion de sus propias vidas.

Allí es donde la caridad luce con todo el esplendor de su belleza, ejercitada por santas mugeres que posponen la comodidad de una vida pacífica y los vanos placeres del mundo á los riesgos é intranquilidades de la guerra. Verdaderas heroínas de la época presente, vencen la natural timidez de su sexo, y sus almas generosas impelidas por sus puros y humanitarios sentimientos, sacrifican su reposo en provecho de los desgraciados heridos, á quienes curan, consuelan y alimentan.

¡Bendita mil veces la misericordia del Señor, que concede á sus hijos más débiles el heróico valor que se necesita para presenciar tantas desgracias, y para sustituir la costumbre de verter lágrimas de ternura y sentimiento, con

una entereza de ánimo bien estraña à su carácter, que les permite animar al desvalido!

Las hermanas de la caridad, dicen los que conocen sus servicios, son ángeles de paz que Dios envia á las guerras para remediar sus males; y à fé que pueden estar satisfechas de haberlo cumplido dignamente, así en estas ocasiones como en todas aquellas en que la desgracia necesita su tierna solicitud.

Ellas buscan el peligro tan sólo por el deseo de hacer bien, sin que les mueva à este proceder magnánimo ninguna idea de fama ni ambicion. Sus cortas necesidades se atienden con facilidad, y de público se sabe que no hacen ostentacion de los muchos méritos que recomiendan su instituto.

Reciban, pues, nuestras queridas hermanas, los votos más sinceros de nuestra gratitud por su heróica conducta; y aunque ofendamos su modestia, habrán de permitirnos en obsequio de la justicia, que dediquemos algunas palabras à referir los hechos más principales de su vida religiosa, para que aumente, si es posible, la consideracion y el cariño con que el mundo las admira.

Ellas no pueden tener enemigos, porque à todos ofrecen su fraternal amparo; pero hablando entre militares, casi podemos decir que son nuestras compañeras de infortunios, pues que van con nosotros al combate, y, como nosotros, vierten más de una vez su sangre en los campos de batalla.

Sean, por lo tanto, mas principalmente respetadas y atendidas por los que vestimos el uniforme militar, en exigua recompensa de los muchos padecimientos que por nosotros se toman. Aconsejamos à nuestros amigos que guarden y hagan guardar à sus inferiores públicas deferencias à las dichas hermanas de la caridad, pues sobre ser la gratitud la mas hermosa condicion del hombre, todavia es más sublime su importancia cuando se emplea con personas de

modesta posicion. La adulacion, entonces, no puede manchar el noble agradecimiento.

A esto nos obligan sus virtudes practicadas en nuestros momentos más tristes, pues cuando la crueldad de la guerra nos niega todo humano consuelo, nos muestran la misericordia divina abriéndonos los brazos de su proteccion poderosa.

Nada vale en semejantes actos la robustez del individuo ni la fortaleza de un espiritu animoso: nada es bastante á resistir la sangrienta y moderna guerra, hecha con los elementos de destruccion que la miseria humana se afana en inventar. Ya no es bastante aterrador el espectáculo que ofrece un batallon al perder en un combate la cuarta parte de su fuerza, es preciso para satisfacer las exigencias del dia, que queden apenas algunos soldados que cuenten la matanza, para que de este modo sea el cuadro completamente fúnebre y sombrío.

A este lastimoso estado nos ha traído la soberbia y ambicion del hombre; y aunque sus pacíficos instintos sostienen con ellas una lucha gloriosa y algunas veces de provecho, hay ocasiones en que sólo á la fuerza de las armas se fia el deslinde de un asunto, con mengua del siglo en que vivimos, y con mengua tambien de la civilizacion que nos autoriza la crítica de hechos análogos en las pasadas edades.

No olvidamos, al pensar así, que seria buscar un imposible el tratar de organizar el mundo tan amigablemente que fueran innecesarias las guerras; pero si debemos exigir de la cultura de nuestros tiempos que disminuya notablemente su número, elevándonos al pináculo del progreso por medio de la ciencia, y nó formando escalera con los cadáveres de nuestros hermanos en la gran familia del universo.

Así deseamos la regeneracion de España y del mundo; y amantes de la paz aunque educados en las escuelas de Marte, tratamos de afianzarla en los sólidos cimientos que nos ofrecen los horrores de las guerras actuales, repitiendo

que no seríamos militares sino viéramos en la guerra la mejor garantía de la paz.

Y efectivamente: para que la paz de un Estado no sea interrumpida por las naciones extranjeras, es indispensable que teman su poder, pues no de otro modo hallarian inconvenientes al quererse mezclar en sus asuntos, ó al pensar desmembrar su territorio por medio de las armas. Para ser pacíficos no basta querer serlo: es indispensable que nadie se atreva á ofendernos; porque una vez ofendida nuestra dignidad, ni debemos ni podemos permanecer tranquilos.

He aquí ya por qué procuramos adquirir cuanto es de necesidad para hacer respetar nuestra independencia, y la razon que nos movió á decir que nos avergonzaríamos de buscar máquinas destructoras, si no estuviéramos convencidos de que para vivir en paz es necesario ser fuertes. Ahora bien: para conseguirlo se hacen inmensos sacrificios de todos géneros; y la enseñanza del arte de la guerra, que es el que enseña los medios más oportunos para vencer, constituye la noble carrera militar.

Todo cuanto en ella se aprende tiende directamente á destruir, aunque indirectamente conduce al fin contrario; porque siendo justas las guerras, (y cuando no lo son, no es culpa del ejército), destruyen elementos de corrupcion, fustestas conspiraciones que amenazan emponzoñar la sociedad con sus doctrinas, y planes tenebrosos, urdidos con las tramas de la envidia y la ambicion. Y aunque es siempre sensible tener que apelar á las armas aun en último recurso, es lo cierto que produce excelentes resultados su aplicacion cuando es justo su empleo, y por esta razon los buscamos ansiosamente cuando no hay otro remedio que luchar.

En la imposibilidad de poder evitar absolutamente las guerras, hay precision de estudiar el medio más conveniente de seguirla, y la manera de utilizar mejor sus consecuencias, para con ellas asegurar la paz. Por eso hemos dicho que un ejército bien armado é instruido es su mejor garan-

tia, y que sólo por esta consideracion puede causar orgullo la ocupacion á que dá lugar el uso de tantos aparatos destructores, cuyos efectos son la muerte de los hombres y la ruina de sus hogares, cuando hay necesidad de comprar la paz á un precio tan subido.

Mas ha de tenerse en cuenta que todo es poco si se consigue, porque los destrozos de una guerra larga, apenas pueden comprenderse en un límite finito.

Antes de dar principio las hostilidades, suelen hacerse cálculos mas prudentes y humanitarios que verdaderos, fundados en la civilizacion de ambas partes; pero ¡ay....! que los achaques de la guerra, crueles casi todos, y cometidos unos por necesidad y otros por un celo mal entendido, nacido tal vez de un temor exagerado, sirven de primeros términos á la creciente progresion con que han de sucederse los actos vengativos, bajo el nombre menos malo, aunque igualmente claro y significativo de represalias. En este supuesto, conviene obrar con suma prudencia en los primeros momentos, á fin de acortar la duracion de la guerra, porque es el único medio de aminorar sus efectos desastrosos.

Este es el objeto del ejército: sostener la paz con su influencia; y cuando ésta no sea bastante poderosa para conseguirlo, y la guerra cubra con su manto de luto las alegres esperanzas con que la paz nos brinda en su benéfico y siempre corto reinado, rasgar con la espada de la justicia ese manto de tristeza, cruel martirio de la humanidad, y plaga la mas abrumadora del mundo, pues que se lleva entre sus pliegues, con las riquezas de las naciones, las vidas de sus hijos más valientes.

Pero si esto es siempre fatal aunque las partes contendientes sean de distinta nacionalidad, y por consiguiente nada tengan de comun sus intereses, calcúlese cuanto se agravará la cuestion cuando ambos pertenezcan á una nacion misma, y no sea posible triunfar sin derramar el ven-

cedor su propia sangre, quitando, quizá, la vida al mismo que fué autor de la suya.

Todos pierden en estas luchas intestinas de los pueblos, lo mismo el vencedor que el vencido: uno y otro aclaman la felicidad de la pátria, y no ven en su loco aturdimiento que ésta reclama como primera condicion para su mejor estado la union y fraternidad de todos sus hijos. ¿Cómo ha de ser feliz un Estado, si la guerra civil, que es la peor de todas, ciega las fuentes de su riqueza y mata sus defensores?

Abran los ojos del entendimiento á la luz de una razon imparcial; oigan serenos las tristes y razonadas súplicas que producen sus pacíficos hermanos; y si es cierto que aun por encima de escombros y cadáveres buscan el bien de la nacion, habrán de convencerse de que no puede conducirles á su objeto el falso camino que les mostró su entusiasmo, y que desgraciadamente siguieron impelidos por un deseo laudable; pero ciegos por la pasion, que no les dejó ver su natural é inevitable término.

Lejos de encontrar en él, segun creian, el iris de paz que habia de unir todas las voluntades, haciendo nacer en todos la satisfaccion de un verdadero triunfo, hallarán, por el contrario, el repugnante cuadro de la miseria, formado con las personas que no habiendo muerto al filo de la espada, las condenó el destino á llorar continuamente sus estragos, y á vestir el lúgubre crespon, triste como su pensamiento, y negro como el sensible horizonte que encierra sus amargas esperanzas.

Y si un espectador cualquiera trata de olvidar la dolorosa impresion que forzosamente ha de causar en su ánimo esta vista, no busque el consuelo en el silencio y soledad de los campos, porque así alcanza la devastacion de la guerra á las ciudades mas populosas como á las aldeas mas insignificantes, y como á las selvas más recónditas y alejadas del trato humano.

Los árboles que en el estío ofrecían con su sombra agradable descanso, habrán sido destrozados, quizá, al atacar un punto: tal vez para defenderle; y lo que es peor todavía, con la única y depravada intención de causar daños que sólo la venganza puede aconsejar.

Observe los edificios convertidos en ruinas, y en eriales los campos más productivos, por falta de brazos que los cultiven.

Llegue al río su exámen, y verá que aumentando su caudal con el abundoso préstamo del llanto, arrastra en su corriente impetuosa las lágrimas de muchos infelices, apagando el eco triste de sus quejas con el monótono ruido de las aguas.

Busque, si nó, la alegría en la satisfacción de la amistad, que ya que le sea difícil encontrar un amigo, no lo será menos el hallarle dichoso y en actitud de prestar los consuelos que él mismo necesita.

Quando no sea el padre ó el hermano, habrá sido un cercano pariente víctima de la civil contienda, y los odios que se originan á consecuencia de tantos desmanes, mantienen latentes rivalidades aun en las mismas familias, que son indicios manifiestos de ulteriores desgracias.

Tal es el espectáculo que ofrece un pueblo despues de una guerra fratricida. Véase ahora la inmensa responsabilidad que alcanza á las personas que la provocan, y á las que en su principio no la impiden, pudiendo, por su descuido, contemplacion ó mala fé.

Todos estamos obligados á hacerlo oponiendo la resistencia que nos sea posible, no tanto por medios violentos, sino por medio de la reprobacion más unánime, lanzada contra cualquiera pretension de encenderla. Pero si estos son los deberes de todos los ciudadanos, ¿cuán graves y sagrados no son los del ejército, cuya mision más principal es la conservacion del órden? Bien lo saben sus individuos: así lo prueba su conducta.



Su disciplina, que es un obstáculo invencible para los revoltosos, deshace rápidamente las quiméricas ilusiones de los sediciosos más audaces, y al dar tan repetidos mentís á la murmuracion y á la calumnia, rodea su uniforme de méritos tan gloriosos, que bastarian per sí solos para honrarle, si otras mil virtudes del soldado no le ofrecieran una aureola de gloria inmarcesible, cuyo destello más precioso es el respeto y admiracion que el pueblo le tributa.

Siga el ejército mereciendo la confianza del pueblo pacífico: evite á toda costa la guerra civil, que tantos males ocasiona, perseverando en su eficaz disciplina, origen de su poder y prestigio, y así logrará salvar la sociedad de tantos peligros como la rodean.

Oiga la voz de la conciencia, que imperiosamente le inclina á favorecer la causa de la paz: ajuste sus acciones á las virtudes militares expuestas anteriormente, y espere tranquilo el desenlace de las graves cuestiones que hoy se ventilan. Su causa que es la del orden y la justicia, irremisiblemente le ha de conducir, sea cual fuere su resultado, á una situacion desembarazada y honrosa; y aunque parezca hundirse en un mar de confusion en los primeros momentos de ella, se salvará en la tabla de su inocencia, cortando impávido las furiosas oleadas de la revolucion triunfante.

He aquí, dirá con magestuoso orgullo, la espada que defiende la paz y la justicia: los que respeten y defiendan estas dos santas y nobles causas, están con nosotros y nosotros con ellos; pero aquellos que las combaten á la sombra de tal ó cual pretexto, no caben en nuestro campo.

Para nada tenemos en cuenta la clase de instituciones que nos rigen, porque es independiente de ellas nuestro deber sagrado. Obedecemos al Gobierno, porque en el Gobierno deben estar el orden y la justicia, que es nuestra bandera; y si esta conducta es punible, nosotros mismos nos ofrecemos al tribunal que haya de juzgarnos. Mas, ¿quién ha de impugnarla con fundamento? Nadie, seguramente.

Podrá la pasión política censurarla; pero esas mismas personas que la censuren, ó no conocen los deberes de la milicia, ó son escesivamente parciales al juzgar. Depongan esa parcialidad: discurran con calma y buena fé, y desde luego aseguramos que han de convencerse de la injusticia de sus acusaciones. Resuelvan antes el problema de defender el orden sin defender al Gobierno, pues sólo entonces tendrían derecho à criticar nuestro ministerialismo, si acaso prefiriéramos la defensa del ministerio á la defensa del orden.

Pero no discurramos sin provecho: la causa del Gobierno debe ser la causa del orden, y es por lo tanto imposible hallar una fórmula que resuelva el problema anteriormente propuesto. Convencido de esta verdad el soldado, debe servir á la nacion obedeciendo las órdenes del Gobierno que rige los destinos de la pátria.

FIN.



